

se

JENNIFER THORNDIKE

[Ella]



La convivencia entre madre e hija ha llegado al límite. [Ella] es una cárcel donde se ha agotado cualquier tipo de amor o cariño, de ternura o comprensión, los lugares comunes de la maternidad, y en su lugar ha surgido una profunda soledad y una pulsión tanática que recorre la casa, tan deteriorada como las protagonistas, por el tiempo. El encierro implica una relación jerárquica, de autoridad y sumisión, pero en esta novela, que se apoya tanto en el *thriller* psicológico como en la tradición de la saga familiar latinoamericana, no es claro que la muerte implique una liberación.

OceanofPDF.com



Jennifer Thorndike

Ella

ePub r1.0

Titivillus 31.03.2021

OceanofPDF.com

Jennifer Thorndike, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

A Francisco, por todo

OceanofPDF.com

ELLA

Jennifer Thorndike

OceanofPDF.com

*Las cosas que terminan dan paz y las cosas
que comienzan a concluirse, están siempre
concluyéndose. Lo terrible es la esperanza.*

José Donoso

*sí
la oscura materia
soy yo*

Blanca Varela

1

Ella no está en ningún lugar. Reviso las habitaciones, pero no la veo. Su presencia solo se insinúa en el intenso olor a humedad que se desprende de la casa cerrada. Mi preocupación crece. No está. Una nota se asoma debajo de una taza de café: *Esto es culpa tuya*.

Siento angustia mientras bajo las escaleras, empiezo a correr apenas piso la calle. Sé dónde ha ido y debo impedirselo. Ella lo vio en las noticias. Tocó la puerta de mi cuarto para que yo prendiera el televisor y también lo viera. *Ahí será, ahí lo haré. Y será por tu culpa. Tú eres responsable por mí. No tengo a nadie más y no fuiste capaz de cumplir con tu papel*. Corro más rápido. La culpa es mía y pesa demasiado. Si no consigo impedirselo, mis huesos no podrán soportarlo.

La nueva estación del metro es enorme. Sé que es en el Corredor E donde la gente que se lanza desde lo alto ha establecido su base. Dos escaleras, una a cada lado, son las que separan el mundo de los vivos y el de los muertos. A un lado los suicidas hacen cola para esperar su turno. Al frente, una muchedumbre les grita que se detengan, pero la presión del siguiente suicida en la cola disipa cualquier duda y todos terminan por lanzarse. En medio de las dos escaleras, la losa de embarque del metro se ha convertido en una tumba provisional donde los cuerpos reventados descansan hasta que los representantes de la fiscalía decidan levantar los cadáveres, generalmente una vez al día, por la noche. Los usuarios del metro abordan el tren ignorando el cuadro que se les presenta. Ya se han acostumbrado, ya a nadie le importa. Sigo corriendo y llego a la encrucijada. Subo por la escalera de los vivos, veo al frente la fila de suicidas. Ella es la tercera. Delante hay una mujer y un chico de unos dieciocho años. La muchedumbre comienza a gritar convencida de que sus

súplicas serán capaces de disuadirlos. Pero ninguno de los dos cambia su decisión. El chico se lanza de espaldas. La mujer lo hace de frente, doblando las rodillas, como si pretendiera caer de pie y salir caminando de la estación. La gente se cubre los ojos, las orejas. Los cuerpos caen pesadamente y el sonido que producen al chocar contra el piso es lo que el perturbado gentío parece no poder soportar. Unos lloran, otros gritan, otros mueven sus cabezas de un lado a otro, desaprobando o sintiendo pena. Los familiares cercanos pronuncian el nombre del difunto y retuercen sus caras en muecas de dolor. Yo no los miro, solo la miro a ella. Es su turno. Sé que también me ha visto. *No, por favor*, le grito. *No, por favor. No, por favor.* Mi voz se vuelve un llanto histérico. Ella me mira. *Por tu culpa.* Deja un pie en el aire y se ríe. *No, por favor.* Las personas que se amontonan alrededor repiten mi súplica. Unas manos se posan sobre mi hombro intentando consolarme.

Y entonces ella se deja caer. Desde lo alto, mientras anónimos usuarios del metro esquivan su cuerpo reventado en medio del revoltijo rojizo y amarillento que se ha convertido, llego a recordar la misma sonrisa que tenía en el momento en que se lanzó. Esa sonrisa congelada en una mueca inerte que me condena para siempre.

Abro los ojos. Siento náuseas y no puedo levantarme de la cama. He tenido esta pesadilla muchas veces. Cada vez es peor, incluso ahora que todo parece haber terminado. El teléfono suena, pero mi cuerpo no responde. Necesito sacar el plástico que cubre la ventana para recibir un poco de aire y regresar a esta realidad que quizá sea peor. Lo es: su cuerpo inmóvil encima de la cama, las células muertas, los pelos, los pellejos, las uñas, el olor a humedad, a orina, a heces. Todo ha terminado. Logro mover mi brazo para alcanzar el celular.

—¿Qué quieres?

—¿Ya comenzaste con los preparativos?

—No. Me quedé dormida.

—¿A qué hora piensas empezar?

—...

—Llama ahora mismo a la funeraria. No te olvides de las coronas de flores, que tenga muchas. Ya mandé la plata.

Corto. Siempre ha sido igual desde que él se fue. Su responsabilidad es el dinero; la mía, ella. Mi cuerpo está más podrido que el suyo. El pelo casi blanco, bigotes sobre los labios, vellos por todas partes, uñas partidas, carne flácida, huesos astillados. Yo soy quien ha muerto. *No, no eres tú. Ven a atenderme*, escucho.

Tumbada en mi cama, percibo el olor de su cuerpo que comienza a descomponerse y se cuela por debajo de mi puerta. No puedo escapar de él porque no hay por dónde. Nunca hubo por dónde. Me levanto y retiro el plástico de mi ventana para tomar aire. Tengo que salir a enfrentarme al cuerpo. He esperado tanto este momento. Hace tiempo que calculo los años que le quedan por delante. Pero ella siempre sobrepasó mis peores pronósticos. Ochenta y cuatro, ochenta y cinco, ochenta y seis. Nunca pensé que pasaría los ochenta y siete. Pensaba que a esa edad yo apenas tendría poco más de cincuenta y mi vida aún no habría terminado. Pero ahora, casi a los sesenta, ¿cómo puedo volver a comenzar? Mi tiempo se ha acabado y ahora mi cuerpo envejecido tiene que enfrentarse a su cuerpo muerto de noventa y cuatro sin ninguna esperanza y sin ningún placer. Solo con odio. Estoy segura de que cuando entre en su cuarto y vea la sonrisa apacible con la que murió, confirmaré que ella siempre supo que su muerte no solo terminaría con su vida, sino también con la mía.

2

Hace años que no entro en su cuarto. Hace años que salgo muy poco del mío. Fue la chica de la limpieza quien me avisó que ella estaba muerta. *Su mamá no se mueve.*

Horas más tarde el médico confirmó su muerte y yo me encerré en mi cuarto y dormí como si el mundo se hubiera terminado y ya no me quedara ninguna responsabilidad que cumplir. Y entonces el teléfono retumbó y la voz de él volvió a recordarme que esto aún no había terminado. La chica de la limpieza, cuyos ojos nos han vigilado todos estos años, lo ha llamado. Por ella se ha enterado de nuestra decadencia.

—Apúrate. Es tarde, tienes que apurarte.

—...

Voy a su cuarto y abro la cerradura con cuidado. El cuarto es grande y tiene un pasadizo resguardado por santos, velas, olor a incienso y flores de velorio. La mayoría de los santos están rajados o sufren de la amputación de alguna parte de su cuerpo. Ella, para evitar el sacrilegio, se negó a botar cualquier santo accidentado. Por eso todos siguen vigilantes, atentos en el mismo pasadizo donde los fue colocando a medida que aumentaba su macabra colección. Todos me miran paseando nerviosamente por la casa, desde los más viejos hasta los que me mandó comprar la semana pasada, todos con sus caras de dolor y sus cuerpos mutilados.

Cuando éramos niños, él y yo odiábamos entrar a su cuarto porque nos daba miedo. Nos agarrábamos de la mano pensando que así sentiríamos menos temor. *Somos gemelos, somos especiales*, repetía él. Pero nunca pudo soportar a un Cristo que, con la mano levantada, nos señalaba como si estuviera acusándonos. *Sus ojos son idénticos a los de ella*, repetía él asustado. Yo lo abrazaba con toda la fuerza de la que eran capaces mis

pequeños brazos mientras sentía temblar su angosto cuerpo cobijado por el mío. Ahora la que tiembla soy yo. Vuelvo a caminar por este pasadizo de agonía y de dolor y entiendo que esta vez, a pesar de su muerte, las cosas no serán diferentes. Veo las paredes empapeladas con noticias trágicas. Ella las había colgado ahí y rezaba para que Dios se apiade de esas personas. Encendía las velas con manos nerviosas y manipulaba las cuentas del rosario con la misma devoción con la que he contado los años para su muerte. *Mira, me jalaba del brazo, mira lo mal que está el mundo y tú, que lo tienes todo, te quejas. Pide perdón.*

Veó sus pies inmóviles en el fondo del pasadizo. Confirmando que su cadáver me sentencia a un destino semejante al suyo. Pero estoy viva. Los dolores en la espalda, rodillas y cuello me indican que estoy viva y que debo continuar a pesar de que detesto su voz pronunciando las palabras con las que nunca se cansó de acusarme: *Qué desconsiderada eres. No me hablas, no me abrazas. Necesito cariño. Eres lo único que tengo y por eso tienes que quedarte a mi lado.* Poseída por una exaltación incontenible, comienzo a destruir a los santos. Uno a uno los tiro al suelo. Sus miradas acusadoras me motivan a destruirlos sin piedad. El piso se convierte en un mosaico de ojos que reflejan un dolor que también es mío. Dolor por la vida que he tenido, por la confirmación de que no he sido más que tu instrumento. *Te odio, grito.* El cadáver no me escucha, por eso grito más fuerte. *Te odio.* Camino sobre el yeso roto y agarro tu cuerpo por los hombros. Lo sacudo y te grito más fuerte. Pero es imposible que me escuches. Soy yo la que te escucha y termina llorando al lado de la cama. *Muérete de una vez, suplico.*

Una mosca se posa en mi rodilla. Luego otra. Levanto la cabeza y veo que son muchas moscas las que sobrevuelan ansiosamente sobre tu cuerpo. El olor las ha atraído, y yo, desesperada, corro a abrir la ventana. Pero la ventana está cerrada con candado y no puedo abrirla. Todas las puertas y ventanas de la casa están cerradas con candado porque siempre has tenido miedo. *Dos mujeres viviendo solas son vulnerables, cualquiera puede meterse, repetías.*

Destapo el cadáver en busca del llavero que siempre llevabas atado al cinto. Ahí está, desafiante, como siempre ha estado, sin que yo pudiera

tocarlo. Son pedazos de metal que por décadas me han impedido salir, que solo me han permitido hacerlo cuando ella necesitaba algo de mí. Trato de mover su cuerpo para liberar el manojito de llaves, pero está demasiado pesado. El *rigor mortis* es también mi enemigo. *¿Para qué vas a abrir la ventana? ¿Para qué vas a salir?* Entonces miro la cicatriz que atraviesa mi mano y una vez más decido romper la ventana, como hace años quebré la de mi cuarto para crear otro respirador que me permitiera cumplir con la misión de preparar su cuerpo, y así librarme al fin de ella. *Eso es imposible*, escucho. Es cierto. Descarto la idea y agarro un frasco de colonia para salpicar el contenido alrededor del cuarto. Las moscas se alborotan. Ahora los olores se mezclan convirtiéndose en un hedor pesado que casi se puede tocar.

Voy al clóset. Escojo la ropa que le voy a poner. Escojo los zapatos. Hay un par que me recuerda cómo era ella antes de que la abandonara mi padre. Ya había comenzado a tomar pastillas porque sufría ataques de pánico. Todavía no se había obsesionado tanto con nosotros. Recuerdo esos zapatos porque los llevaba puestos cuando fue abandonada por el hombre que tanto amaba. En ese momento nos ordenó que nos sentáramos en dos sillas. *Ahora ustedes son lo único que tengo y estarán conmigo siempre*, dijo. Yo, con la cabeza agachada y entendiendo muy poco de lo que había pasado, solo podía mirar esos zapatos que ahora tengo en la mano y que voy a ponerte para recordar que la sentencia de ese día se cumplió a cabalidad conmigo. Ahora lo único que tengo son estos zapatos, los años encima, los ojos de los santos y el olor a colonia y muerte. Espero que al incinerarte con estos zapatos decidas llevarte también la sentencia. Salgo de este sepulcro provisional sin las llaves, agarro el teléfono y llamo a la funeraria. *Necesito ayuda*. Me dicen que esté tranquila. En una hora van a comenzar con los arreglos.

3

No es difícil entender por qué nuestro padre la abandonó. La única imagen siempre repetida que conservo de esos dos individuos como pareja, la muestra a ella en el teléfono diciéndole que se siente mal y preguntándole a qué hora va a llegar. Media hora después lo volvía a llamar y le decía que estaba peor. Imagino que esa circunstancia invariable comenzaba a desesperarlo, y quizá en esa insistencia fue gestándose su desaparición. Ella siempre se sentía mal, como si fuese una inválida. No podía pasar un día sin tomar pastillas. Pastillas de todos los colores, gramajes y tamaños, ansiolíticos, antidepresivos, analgésicos. Mi gemelo y yo las clasificábamos en recipientes transparentes que tenían marcados los días de la semana y, a primera hora de la mañana antes de ir al colegio se las llevábamos y supervisábamos que las tomara todas. Teníamos miedo de que las dejara de tomar porque pensábamos que si no lo hacía podía cumplir cualquiera de sus amenazas.

Va a desmayarse, se va a morir.

Toma tus pastillas, por favor. Una, dos, tres... todavía faltan.

Tómalas, mamá.

Más tarde, cuando una dosis adicional se hacía necesaria, lo volvía a llamar por teléfono y le preguntaba a qué hora iba a llegar. Él no respondía, entonces su tono de voz subía progresivamente repitiendo que no se sentía bien, hasta que nuestro padre le colgaba, quedando solo un sonido uniforme que la hacía temblar. Cada vez que esas llamadas no le producían ningún efecto tranquilizador, nosotros nos poníamos a rezar y pedíamos que aquel hombre viniera pronto. Si demoraba, ella comenzaría a llorar, a

desesperarse, a caminar de un lado a otro frotándose las manos. *Se va a desmayar.* Si se desmayaba tratábamos de cargarla entre los dos. Pero era imposible. Éramos demasiado pequeños, demasiado frágiles. Entonces, mi gemelo le echaba agua en la cara y ella abría los ojos enrojecidos y nos miraba con odio. *Me voy a morir y si eso sucede va a ser por culpa de ustedes. Él ya no me quiere porque me demoré en tenerlos y, cuando los tuve, ya era demasiado tarde.*

Toma tus pastillas, por favor.

Ella botaba las pastillas al suelo, nos empujaba fuera del cuarto y lo llamaba otra vez. Nosotros, con la oreja pegada a la puerta, escuchábamos los tacos chocando contra el piso, las uñas arañando la pared.

Ya no me quieres. Es por ellos, ¿verdad? ¿Porque los quiero más a ellos que a ti? ¿Porque ya no podría vivir sin ellos? ¿Porque ellos son más importantes? Ellos nunca me van a dejar, van a ser míos siempre.

Un día ella lo llamó varias veces sin obtener respuesta. Observó cada rincón del cuarto que habían compartido. Estaba todo. Nuestro padre no se había llevado nada, pero ella comprendió inmediatamente que no lo vería más.

En ese momento nuestra historia se detuvo. Para ella, mi gemelo y yo nos mimetizamos y nos convertimos en una sola persona. Dejamos de ser dos para convertirnos en un nuevo ser que debía cumplir las funciones de nuestro padre. Lo tenía todo claro. Sabía que nosotros le debíamos, incluso más de lo que él le debía. Por eso se tomaba el derecho a manejar nuestras vidas en torno a ella.

Entiéndanlo de una vez. Ahora que su padre se ha ido, ustedes son responsables de mí. Eso es lo que hacen los buenos hijos, sobre todo ahora que estamos solos. Nos tenemos el uno al otro y ustedes tienen que velar por su madre. Ahora es su responsabilidad.

Esa responsabilidad se traducía en vigilar que tome las pastillas, en turnarnos para no dejarla sola en ningún momento, en avisarle periódicamente dónde nos encontrábamos y qué estábamos haciendo, en no salir de casa más que para ir al colegio. De lo contrario, ella podía preocuparse y hacer algo. *Hacer algo*. Nos un a el miedo, la responsabilidad y la culpa compartida que cargar amos toda la vida.  l es el recuerdo de mi vida miserable al lado de ella, y yo soy el recuerdo de esa vida que él quiso dejar, pero que lo persiguió siempre.

— Desea ver los modelos de ataúdes para poder coordinar el servicio fúnebre?

Lo que quiero es que haya muchos arreglos florales, tantos arreglos como las amenazas que recibí. Quiero que el cajón está rodeado de una cantidad suficiente de flores como para tener derecho a sentir que de verdad la quise. Quiero que por lo menos diez tarjetas digan frases como «*De tus hijos que te quieren tanto*», «*De tus hijos a quienes les harás mucha falta*». Rod enla de flores, de velas y de santos. Llamen a todos nuestros parientes para que me den sus condolencias y repitan insistentemente lo buena madre que fue. Que crean que yo pienso igual que ellos. Que el sacerdote haga un sermón y exalte todas sus bondades.

— Qu  hay que hacer?

—El procedimiento no es complicado. Hay que elegir el ataúd, la iglesia para el velatorio y el cementerio.  Su madre tuvo un último deseo?  Le dijo cómo quería que fuera el funeral?

—No.

—Puede pasar si desea estar un momento a solas con su madre, el cuerpo ya est  listo.

—Prefiero no verla.

Reviso el catálogo de ataúdes y escojo uno marrón. Se ve fino: la madera reluce y las terminaciones de las esquinas tienen un adorno plateado. Lo mejor para ella, lo mejor. Luego elijo la capilla de la iglesia más cercana a casa. El cementerio se encuentra lejos, muy lejos, cuanto más lejos mejor. Parece un bosque. Prefiero que sea cremada porque me angustia la idea de su cuerpo descomponiéndose. Sentiría que todavía está presente, observ ndome, vigil ndome y pidiéndome que me ocupe de ella.

¿Desea que las cenizas tengan un espacio en el cementerio o piensa traerlas a casa? Ninguna de las opciones, por favor. Las tiraré. Que no quede ningún recuerdo más de ella, por favor.

OceanofPDF.com

4

Antes de llevarse el cadáver me entregaron el manojito de llaves que ella siempre había cargado atado al cinto. Son tantas que pesan. De mi bolsillo saco la llave de mi cuarto, la única que tengo hace años, y la junto con las que recién me han entregado. Tengo la llave de mi cuarto porque se la quité a la fuerza el día que decidí encerrarme en él. Así la expulsé de mi mundo, así lo reduje aún más. No me importó, no tenía mucho que perder.

A diferencia del resto del llavero que ella solo me entregaba cuando tenía que hacerle algún mandado o las compras de la semana, esa llave era completamente mía. Recuerdo que pensé que poseerla me daría cierta libertad dentro del encierro, así que decidí pelear para arrebátársela. Ella gritaba mientras yo jalaba el manojito hasta que la hice caer. Una vez en mis manos, acaricié las llaves con ansiedad. Había tantas que hubiese sido imposible identificarla si es que ella no las hubiera etiquetado. Separé la que correspondía a mi cuarto y la guardé en mi bolsillo. Ella se dio cuenta y con un rápido movimiento me arrebató el manojito antes de que pudiera sacar también la llave de mi ventana. Con la misma garra, me tiró una cachetada que me dejó varios arañones.

Estuvo un mes en cama por la caída ocasionada por la pelea. Según su médico, tenía una distensión en los ligamentos del tobillo izquierdo. Fue enyesada. No solo tuve que atenderla, sino que también debí escuchar sus reproches por lo que le había hecho. Pero yo la atendía sonriendo. Me sentía feliz: tenía la llave.

Cuando te cures, no volveré a verte.

Así fue. Sabía que ella no traería un cerrajero por miedo a abrirle la puerta a un delincuente. Cuando le quitaron el yeso, a pesar de que la seguí atendiendo, me encerré en mi cuarto para no tener que hablarle. Nuestras conversaciones no pasaban de unas cuantas palabras; y solo en los pocos momentos en que yo decidía salir de mi cuarto, ella aprovechaba para quejarse o hacer reclamos. Pero todo era muy breve: la dejaba hablando sola y me encerraba antes de que ella terminara de articular la siguiente oración.

Sin embargo, ese no era el final de la escena. Ella se paraba frente a mi puerta y comenzaba a hablar sin parar. Al rato, sin recibir respuesta y sin estar segura de que yo la estuviera escuchando, inventó una mejor idea para hacerme sentir que ninguna puerta cerrada permitiría que yo me librara de ella completamente. Y así todos los días empezó a deslizar notas por debajo de mi puerta. Cientos de notas. Las tengo todas guardadas. Es increíble cuántas se han acumulado, cuántas que al principio me ayudaron a contar los días que faltaban para que muriera. Notas que me acusaban, que me rogaban, que me exigían, que me hacían sentir culpable. Todo lo escrito te ampara, ¿verdad? Notas con las que queda demostrado lo buena madre que fuiste y lo mala hija que decidí ser.

Que Dios te ablande el corazón para que salgas de ese cuarto y vuelvas a estar al lado de tu madre. Tú sabes que eres lo único que tengo, que eres mi única familia. No me puedes dejar sola porque podría pasarme algo. Yo sé que tú no eres como tu hermano, sé que tú no harías lo que él hizo. Encuentra un poco de comprensión para tu madre. No puedo estar sola.

Notas que odio, notas que no son solo papel, sino cuchillas que abren heridas, que me hacen sangrar hasta ponerme pálida. Pero me gusta ver mi imagen destrozada: cada herida expulsa tu herencia de mi cuerpo, me desliga de ti, me hace más fuerte y más indiferente.

Ahora busco la llave de mi ventana. La abro. Comienzo a tirar las notas mientras comprendo que esta ventana abierta en lugar de ampliar mi

panorama lo limita a este cuarto, a esta vida, a estas notas. Aunque no las releo, cada una me recuerda mi supuesta crueldad.

Y es verdad que quizá fui todo lo que decías, pues hace años vengo esperando el día de tu muerte. Ese día ha llegado. Y ahora estoy lanzando tus notas por la ventana, y también lanzo hacia la calle ese plástico que cubría el vidrio roto, ese agujero que se convirtió en una especie de respirador en los momentos en que creía no poder soportar más. Ya no lo necesito. Este aire que entra es real y me hace sentir que estoy viva y que todo ha terminado.

Busco con desesperación la única nota que atesoré. Caigo al suelo mientras las cortinas se levantan y siento el aire en mi cara que se lleva tus notas, tus palabras, tus olores, tu vida. *Adiós*, te digo, con la única nota que vale la pena, y que he encontrado para apretarla con todas mis fuerzas. La arrugo y luego estiro para volver a leerla, como tantas veces lo he hecho. Entonces sonrío hasta que empiecen a dolerme los músculos.

OceanofPDF.com

5

Me siento en el filo de mi cama. Tengo en la mano la única nota de valor que me dejaste. La deslizaste el día en que rompiste una botella de vino contra mi puerta, ¿recuerdas? La había comprado en el supermercado y te la dejé en la cocina como regalo. Sabía que era tu marca favorita, sabía que no podías tomarla. *Un millón de pastillas, nada de alcohol*, repetía el médico. Luego fui a encerrarme a mi cuarto y esperé que entraras a la cocina. Imagino tu cara al descubrir la botella solitaria en medio de la mesa de madera. Era un recordatorio indeseable de tus imposibilidades, de todo lo que ya no podías hacer. Imagino tu ira por un momento contenida mientras avanzabas como una fiera a enfrentar mi puerta cerrada. La golpeaste con los puños y los pies, pero la puerta jugaba de mi lado y resistía tus embates. Entonces escuché la botella estrellándose violentamente contra la madera. Un delgado hilo granate se asomó por debajo de mi puerta y fue avanzando hasta formar un pequeño charco.

Al otro lado, tu voz repetía las amenazas de siempre. Pero yo no te escuchaba. Acariciaba las gotitas con la mano, las estiraba y formaba figuras mientras que la madera las absorbía. Me concentré en las tonalidades rojizas que brillaban sobre el piso, en las figuras que yo iba formando, y de pronto las veía convertirse en sangre, en tu cuerpo reventado en la estación del metro. *Por favor tranquilízate. No quiero tener la culpa*. La puerta temblaba por la insistencia violenta de tus golpes y temí que en cualquier momento podría terminar cediendo. Por eso me puse de pie, abrí la puerta y te dije que te fueras. Desapareciste por el corredor sin decir nada, pero al rato estabas de vuelta con una escoba y un trapo mojado en la mano. De pie a mi lado vigilaste que cumpliera lo que me ordenabas. Yo, arrodillada a tus pies, recogí los vidrios y conté. Limpié y conté. Enceré

y conté. Conté los días para tu muerte hasta que no quedaba nada más por limpiar. Al día siguiente, cuando leí la nota que echaste bajo mi puerta, las razones para contar se volvieron más necesarias.

Ayer quería conversar contigo, pero tu broma solo demostró lo poco considerada y comprensiva que eres. Estuve pensando que tu hermano no mandará más dinero cuando yo me muera. Pero, como yo sí me preocupo por ti, he decidido ponerte como beneficiaria de mi seguro de vida. Con ese dinero algo podrás hacer cuando tu madre te falte. He dejado los papeles en la maleta blanca donde guardo los documentos. Espero que Dios te ablande el corazón y salgas a ver a tu madre, que está sola en este mundo.

Esa fue la primera vez que, a lo lejos, entreví la posibilidad de alcanzar una vida al margen de ella. Hice cálculos. Era imposible que, con todas sus dolencias, durara más de ochenta y siete años. Sufría o se había inventado demasiadas enfermedades, se había metido demasiadas pastillas. Ochenta y siete años: ese era mi peor pronóstico; en todo caso, era el único que me dejaba el camino libre para conservar la esperanza de que me quedaban algunos años para volver a comenzar.

Pero pasaste los ochenta y siete largamente. Y ahora, apretando la nota con mis manos arrugadas, mi corazón vuelve a latir fuerte a pesar de mi ancianidad prematura. Entro a tu cuarto una vez más. Ya no está el cadáver, ya el yeso de los santos y sus miles de ojos han desaparecido. Sin nadie que me juzgue, abro el armario para buscar la maleta blanca y escarbo entre los papeles, parezco un animal hambriento en busca de la póliza del seguro. Me veo como única beneficiaria. Es real. Un papel adhesivo con tu letra me indica el número al que debo llamar. Levanto el teléfono. Una persona del otro lado de la línea me informa que solo será suficiente mi documento de identidad y tu partida de defunción para recibir el dinero. Sonríe y cuelgo el teléfono. Mi corazón late tan fuerte que siento miedo de que me dé un infarto. Respiro profundamente para no preocuparme. Entiendo que si muero será necesariamente porque voy a volver a nacer.

6

El abandono de nuestro padre fue para mí algo inofensivo comparado con la partida de mi gemelo. Aquel hombre había sido una vaga presencia que solo se materializaba cuando ella necesitaba justificar el trato que tenía con nosotros. Ella tampoco parecía especialmente afectada. Daba la impresión de que después de la desaparición de quien fuera su esposo, ella se había esforzado en borrar todas sus huellas de nuestra casa y fingir que nunca había existido. Sin embargo, ahora que estoy de nuevo en su cuarto, recuerdo que esa era una sensación equivocada. Debajo de la cama encuentro acumulada una cantidad de porquerías de las que no quiso deshacerse. Son todas las cosas que pertenecieron a nuestro padre. Ella las guardó en cajitas y las depositó por años debajo de su cama.

Supongo que, cuando llegue el momento, revisaré el contenido de las cajitas y veré si vale la pena quedarme con algo. No lo creo. Él siempre fue una presencia fantasmal, una voz casi silenciosa que mi gemelo y yo escuchábamos con dificultad cada vez que peleaban. Él se fue con lo que llevaba puesto y ella quemó en el patio las sábanas de su cama mientras nosotros observábamos desde la ventana del segundo piso. *¡No miren! ¡Vayan a dormir!* Y su llanto nos acompañó toda la noche.

Después de la partida de nuestro padre, ella nos transfirió toda la responsabilidad a nosotros. Se dedicó con más fuerza a educarnos para que ese fuera el único fin de nuestras vidas. Lo primero que cambió fue su tono de voz. Sus reclamos eran cada vez más enérgicos y sus amenazas se volvieron más dramáticas. Nuestro miedo comenzó a incrementarse tanto que sentirnos asustados se convirtió en nuestro estado natural. Por eso, como mecanismo de defensa, mi gemelo y yo nos unimos más que antes.

No podíamos separarnos nunca: estar lejos el uno del otro era como si nos faltara una pierna, un brazo o un órgano vital.

Ahora que lo pienso, supongo que fue así desde que estuvimos dentro de ella. Le había costado mucho esfuerzo salir embarazada, pues su edad reproductiva estaba a punto a terminar. Por esa razón debió pasar mucho tiempo en cama. Imagino que ahí empezó a ponernos a prueba con sus reclamos y amenazas. No creo que me equivoque al suponerlo: desde que tengo uso de razón, ella nos contaba la macabra historia de su embarazo y nos recalca el sacrificio que había hecho para poder tenernos. Ella nos convenció de que ese sacrificio era una deuda que tendríamos que pagar por el resto de nuestras vidas. Entonces no fue difícil imaginarme a los dos asustados en su vientre, tratando de perforar la placenta que nos envolvía para poder tocarnos y sentir que no estábamos solos ante su presencia. Supongo también que por eso su embarazo fue tan difícil. Imagino todas las veces que se habrá mirado la barriga pensando en arrancársela para terminar con todo de una vez. *Me voy a morir sola. Se va su padre, y ustedes, después de tanto sacrificio, después de todo lo que he hecho por ustedes, también me dejan.* Las palabras se repiten y se convierten en una letanía mientras desde su vientre agonizábamos los tres. Nosotros odiando su debilidad y ella culpándonos por tenerla.

Mi gemelo y yo siempre fuimos unos excluidos. Ella nos había enseñado a no hablar con nadie o hablar solamente lo necesario porque cualquiera podía hacernos daño, a no jugar ni divertirnos porque eso era perder el tiempo, y sobre todo a no acercarnos demasiado a la gente porque nos contagiarían sus malos hábitos. Su única contradicción era respecto al estudio. No decidía si ser buenos alumnos estaba bien o mal. Era consciente de que nosotros tendríamos que mantenerla económicamente en el futuro, pero si nos dedicábamos a estudiar existía la posibilidad de que nos relacionáramos con más personas y termináramos dejándola sola y eso era inconcebible. Algunas veces nos pegaba por traer buenas notas, otras por traer malas; a veces me castigaba a mí, a veces a mi gemelo. Era imposible saber qué era lo que quería exactamente mientras nosotros permanecíamos confundidos con un desempeño tan irregular que despertaba una gran preocupación en el profesorado.

No nos quedó más que unirnos en el miedo para cumplir la misión que teníamos en la vida. Unirnos en contra de ese mundo exterior que no entendía por qué preferíamos alejarnos del resto. Nosotros no éramos niños normales, sino pequeños adultos responsables de su propia madre. Nosotros nos habíamos unido de esa manera porque no teníamos a nadie más que nos defendiera de su presencia. Dormíamos en la misma cama, los cuerpos unidos uno al lado del otro porque sabíamos que si algo le pasaba, teníamos que despertarnos a la vez y soportar juntos lo que vendría. Sabíamos que nadie podía entenderlo porque solo nosotros vivíamos con ese miedo permanente.

La partida de mi gemelo fue una pérdida irreparable. Al irse rompió la promesa que nos hicimos una noche en que a ella le había dado uno de sus ataques de ansiedad y nos preguntaba una y otra vez, sacudiéndonos los hombros, si nosotros también la íbamos a dejar. Le repetimos que no, pero ella no parecía convencerse. Así que me tomó de la mano y me enseñó su caja de pastillas que estaba llena hasta el tope. *Si me las tomo todas me muero. Si ustedes me dejan, yo me las voy a tomar todas y se van a quedar solos. Si me dejan, ¿quién va a tener la culpa de que me muera?*

Nosotros, pensé.

Nosotros, pensó mi gemelo.

—¡Nosotros! Nosotros, mamá, pero no lo vamos a hacer. Te lo prometo.

—Guarda la caja, mamá. Guárdala.

Y ella me apretaba más la muñeca mientras mi gemelo trataba de liberarme de esa garra que ya me había clavado sus uñas haciéndome una herida que comenzaba a sangrar. Cuando me soltó, me dejó caer al piso y nos ordenó que nos fuéramos. Mi gemelo le dijo que no, que tenía miedo. Salimos del cuarto con la caja de pastillas y una por una las tiramos al inodoro. Asustados nos miramos a los ojos y prometimos nunca separarnos. Luego jalamos la cadena y los círculos de agua se comenzaron a llevar las pastillas. No nos sorprendió cuando al día siguiente nos ordenó comprar más.

7

—¿Ahora qué quieres?

—¿Ya se la llevaron para el velatorio?

—Sí. Me dijeron que me van a avisar cuando todo esté listo.

—¿Ya llamaste a la familia?

—¿Qué familia?

—No te hagas la tonta y comienza a llamar a la gente. No querrás que el velorio esté vacío.

—¿Acaso no te acuerdas de que ella se llevaba mal con todos? ¿Quién va a ir a verla?

—Llama a la familia. Es lo menos que puedes hacer.

—No voy a llamar a nadie. Que hayas pagado todo no significa que tenga que hacer lo que tú quieres. Finalmente, ni siquiera vas a venir.

Cuelgo el teléfono. Siento una pequeña satisfacción porque incluso en la distancia, mi gemelo también debe sentirse un poco culpable. Después de esta conversación al menos me dejará tranquila algunas horas. Sé que luego comenzará de nuevo, pero no me importa. He aprendido a valorar los momentos de tranquilidad por muy cortos que sean. Con ella nunca sabía cuándo podría volver a tenerlos.

Ahora busco entre sus pertenencias la agenda telefónica. Comienzo a llamar. Hay nombres de personas que casi no recuerdo. La familia ha sido una sombra, una presencia muda que no solo se conformó con tratarnos con indiferencia, sino que nos hizo sentir a cada instante nuestra condición de excluidos. En primera instancia, esa condición nos la impuso ella. Creía que nuestro mundo de tres era suficiente y asumo que el resto solo respondió naturalmente a sus acciones. Las voces que me responden al teléfono no me resultan familiares. Supongo que mi voz también les sonará extraña. Pocos

me dicen que irán. La mayoría solo me da el pésame. Alguien me pregunta por mi gemelo. Yo le respondo que no sé mucho sobre su situación, asumiendo que no puede regresar. Seguro que tiene problemas migratorios, que si viene perderá su vida en ese país. Sé que nadie lo creerá. Todos conocen nuestra historia. Todos saben que, aunque él pudiera hacerlo, lo último que haría sería regresar.

OceanofPDF.com

8

Apenas habíamos llegado a la adolescencia cuando mi gemelo consiguió un amigo. No lo recibí mal, a pesar de que venía a romper nuestro núcleo, esa unión impenetrable que teníamos desde que compartimos espacio en el mismo vientre. Por eso, en lugar de oponerme a él, pensé en incorporarlo, adherirlo a una simbiosis a la que este tercer elemento podía serle beneficioso. Él nos hacía reír, nos alejaba del miedo y la presión. Trató de normalizarnos y nos convenció de que teníamos una vida al margen de ella. Aunque nosotros sabíamos que alcanzar esa vida iba a ser imposible, esa ilusión dolorosa, ese único contacto con la realidad, nos hacía sentir menos miserables.

Aquellos años vivimos a través de él todo lo que los muros de nuestra casa nos impedían. Nunca imaginé que iba a ser él quien, con mi ayuda y la de ella, terminaría por separarnos. Tardé en darme cuenta de que, para mi gemelo, nuestro amigo no solo era un escape de la realidad, sino una manifestación tangible de su verdadera identidad, la prueba de que él podía existir más allá de lo que nos prohibía nuestra madre.

Ella comenzó a sospechar cuando mi gemelo dio las primeras muestras de rebelión. Quizá intuía que, si no actuaba rápido, sería difícil retenerlo. Averiguó qué pasaba. Fue al colegio, interrogó a varios profesores. Todos se lo confirmaron: mi gemelo no solo estaba conmigo, sino también con nuestro amigo. Ella decidió enfrentarme primero. Al principio no le revelé nada de lo que mi gemelo y su amigo hacían a escondidas. No le dije tampoco que algunas veces yo también participaba de sus juegos. Pero luego, cuando ella empezó a abanicarse alegando que le faltaba el aire, sentí miedo y comencé a contarle todo.

—Tu hermano no tiene ninguna capacidad para saber quién es bueno o quién no. Él no tiene ninguna autoridad para decidir con quién debe relacionarse. Eso lo decido yo.

Se sentó en la silla y volteó los ojos. Me asusté porque pensé que se desmayaría y que tendríamos que llevarla al hospital una vez más. Luego, con la botella de suero incrustada en el brazo y su larga uña señalándonos, nos diría que por nuestra culpa pronto terminaría muerta. Me siguió interrogando. Y yo tuve que contarle las muestras de cariño que había entre ellos dos. Muestras de cariño que a mí me parecían normales porque yo también las había tenido con nuestro amigo. Siempre fue normal que los dos hiciéramos y sintiéramos lo mismo. Vivíamos confundidos, no sabíamos si él era yo o yo era él: desde que nuestro padre se fue, nos habíamos convertido en un solo ser que sentía, hacía y pensaba lo mismo. Tanto mi gemelo como yo nos encariñamos con nuestro amigo, y nunca pensé que fuera extraño demostrarlo con gestos, roces, labios, saliva, cuerpo. Nunca pensé que esos gestos tuvieran algo que no fuera inocente. Pero ella no lo entendió así. Se levantó y me volteó la cara con una bofetada. Después tomó un palo de hierro de la chimenea y subió las escaleras buscando a mi hermano. Yo, detrás, la agarré de la falda.

No, por favor. No, por favor. No, por favor.

Ella trepó lentamente cada escalón, como si estuviera decidiendo hasta qué punto iba a llevar su castigo. Después, sin volver a mirarme, entró a nuestro cuarto y cerró la puerta. Yo, inclinada en un rincón del pasillo, me tapé los oídos para no escuchar los gritos. Pero el sonido atravesaba fácilmente mis manos y resonaba fuerte en mi cabeza. Cada grito era un golpe que perforaba también mis costillas.

Perdóname, le dije un rato después, cuando ella había terminado de torturarlo y se había escabullido silenciosamente en su cuarto. *Perdóname*, repetí con la voz quebrada, mirándolo en el suelo golpeado, con pequeños puntos de sangre que parecían insectos moviéndose por su espalda.

—No importa. Esto es lo mejor que me ha podido pasar.

9

Esa misma noche mi gemelo se fue con nuestro amigo. En esa época ella todavía no tenía la costumbre de cerrar todas las puertas y ventanas con candado, ni de guardar las llaves en su cinto, y por eso él pudo salir de la casa sin problemas. Esa regla la implantó conmigo para hacerme sentir que tenía el control absoluto de mis movimientos y también para recordarme que yo nunca podría hacer lo que mi hermano hizo.

Antes de que se fuera, le limpié las heridas de su espalda extremadamente huesuda. Era increíble lo escuálidos que éramos. Los huesos se marcaban bajo la piel por todas partes. Ella siempre nos alimentó frugalmente para volvernos fantasmas que pasaran desapercibidos, para que nadie se nos acercara o quisiera hablarnos, para que nos tuvieran miedo, asco y repugnancia.

—Prometiste no dejarme sola con ella.

—Lo siento.

Lo ayudé con la mochila. Le abrí la puerta silenciosamente hasta que lo vi alejándose a la carrera. Recuerdo claramente su espalda herida porque mientras se iba, yo podía ver los moretones y sus huesos marcados bajo su ropa. Entiendo que no haya regresado. Regresar por mí significaba tener que recordar una vida de la que huyó, una vida que le habrá tomado muchos años superar y, seguramente, nunca lo consiguió por completo. La culpa impuesta por ella estaba tan enraizada en nosotros que parecía marcada en nuestros huesos.

Ella se dio cuenta de la desaparición a la mañana siguiente. Entró a nuestro cuarto y yo me encogí en la cama, traté de desaparecer porque pensé que se descargaría conmigo. Pero no dijo nada. Revisó el clóset para confirmar lo que sospechaba y después se fue. Creo que prefirió perderlo

antes que aceptarlo como era. Asumió que había muerto o que nunca había existido, y ese hecho no la perturbaba demasiado: aún me tenía a mí.

Yo me sentí completamente perdida. Estaba a solas con ella, como si me hubieran quitado una parte del cuerpo, extraviada en una casa que ahora estaba completamente cerrada y oscura, un espacio donde no se podía respirar. Sentía que caminaba entre sombras con el miedo incrementado y no sabía si iba a abrir la puerta de un cuarto y la iba a encontrar desmayada, mutilada, muerta, ensangrentada o cubierta de saliva y vómito con sus pastillas salpicadas por el suelo. Tocaba las paredes con temor de escuchar su voz aún impregnada en la pintura. Tampoco quería encontrar las marcas de sus uñas en la madera o alguna inscripción con lápiz de ojos en el espejo que significara que ella había hecho *algo* y que yo tenía la culpa por no haberla detenido.

Fue en ese tiempo que comencé a tener pesadillas que, con los años, se volvieron más espantosas e intolerables. Luego me atacaron físicamente. Despertaba sin poder moverme y sentía que era incapaz de regresar a la realidad. En la primera pesadilla que tuve me veía cayendo sin saber cuándo iba a tocar fondo. Desesperada, trataba de aferrarme a algo, una rama, tierra, lo que fuera. Pero no había nada. La superficie de las paredes parecía de piedra lisa y mis dedos resbalaban y terminaba con las uñas partidas o con manchas de sangre. Luego sentía que estaba cerca del fondo, pero no podía tocarlo ni verlo. Seguía cayendo, más perdida, más desolada, y de pronto me rendía y esperaba sentir el golpe fatal para que todo terminara, para que la destrucción de mi cuerpo significara también el final de tanto dolor. Sin embargo, siempre despertaba antes de tocar fondo. Me sentía asfixiada. No podía moverme, me quedaba observando el techo, moviendo poco a poco mis dedos, la cabeza, las piernas, los brazos que no respondían, y yo comenzaba a desesperarme porque debía despertar para darle el desayuno y rogarle que tome las pastillas, para que se sintiera satisfecha al dominarme con esa mirada que me hacía comprender que nunca sería libre. Movía mi cuerpo. Trataba de levantarme porque ya podía escuchar sus pasos que me indicaban que era hora de escucharla. Miraba la cama de mi gemelo vacía. Tiraba las sábanas, me revolcaba y lloraba. Ella lo sabía y no decía nada. Se paraba en el umbral y su mirada me ordenaba que dejara

todo como estaba antes, para que él pensara, por si volvía, que todo estaba igual, que esta vida seguía siendo la misma, que nada iba a cambiar nunca. Era verdad: todos los días se parecían tanto el uno al otro que, con los años, dejé de tener conciencia del tiempo, del envejecimiento y de la falta de esperanza. Hasta que comencé a contar los días para su muerte.

Pero ese primer año a solas con ella decidí castigarla. Pensé que morir antes que ella podía ser la única manera de hacerle pagar por todo lo que nos había hecho, por imponernos esa vida que no era nuestra. Comencé a robarle sus pastillas, una o dos por día y esperé juntar las suficientes como para que el efecto fuera irremediable. Cuando me faltaban pocas para alcanzar la dosis necesaria, ella descubrió las pastillas robadas. Se acercó con el mismo palo de metal con el que había marcado a mi gemelo. Con cada golpe me haría reconocer que un hijo suicida es un ser que no merece compasión. Mientras me apaleaba, me miraba como si no estuviera segura de haberme convencido de que debía sentirme humillada. Entonces yo intentaba gritar para rogarle que se detuviera porque sentía que los golpes me romperían los huesos. *Ya entendí, detente por favor.* Pero no podía hacerlo, las palabras se convertían en gritos de dolor, en saliva que escupía para no ahogarme. Entonces bajé la cabeza para demostrarle mi total sumisión. Ya había comprendido que estaba en mi naturaleza ser desgraciada. Se detuvo, me jaló de los pelos hasta el baño y me hizo escuchar cómo tiraba las pastillas por el inodoro y las dejaba desaparecer por la cañería.

Dos años después, mi gemelo volvió a comunicarse con nosotras. Había salido del país. Nuestro amigo se había convertido en su pareja formal y ambos vivían juntos. Ella solamente le dijo que le habían descubierto una enfermedad rara y que por eso había tenido que dejar los trabajos ocasionales que nos sostenían económicamente. Hacía un año que vivíamos de sus ahorros y el dinero estaba a punto de acabarse.

No me extraña estar enferma. Se llama el síndrome del pánico y tú tienes la culpa de ello. Supongo que esta enfermedad terminará matándome. A veces no puedo ni levantarme porque se me paraliza el cuerpo. Otras estoy caminando y siento que pierdo piso. No tengo

ni para los remedios y tu hermana no puede salir a trabajar porque tiene que ocuparse de mí. Lo que has hecho no tiene nombre.

Él le había dicho que a partir del mes siguiente comenzaría a mandar dinero para mantenernos. Supongo que no solo lo hizo por la culpa que ella le impuso, sino porque por primera vez fue consciente del daño que me había ocasionado al abandonarme. Fue así como mi gemelo decidió los roles que debíamos cumplir: a mí me obligó a cuidarla y quedarme con ella, mientras él se encargaría de lo económico. Pero no volvería. Con los años fui enraizando un resentimiento inmenso hacia él, mientras él comenzó a rendirse ante su odio. El odio a esa vida que había dejado y que tenía que recordar cada vez que nos depositaba el dinero. El odio al comprender que nunca podría desligarse del todo de nosotras, porque ahí estaba ella para recordarle el miedo y la culpa que se multiplicó y apoderó de su cuerpo. Ahí estaba yo, quien en silencio lo culpaba por no haber cumplido su promesa, por haberme hecho responsable de una vida que debía tocarnos a los dos.

Comenzamos a tratarnos mal. Él quería imponer su voluntad y si no se cumplía, amenazaba con quitarnos el dinero. Creía que mantenernos le daba el derecho de someterme a sus caprichos. Yo comencé a hablarle con indiferencia, como si fuera un extraño, como si nunca nos hubiéramos conocido profundamente ni compartido su vientre. Lo comencé a tratar como un simple proveedor de dinero, como un ser que solo merecía mi repulsión por haber comprado la única libertad que le era posible.

Nuestro lazo se rompió hace tantos años que ahora me parece increíble estar hablando de esa persona y referirme a ella como mi gemelo. Hasta donde yo recuerdo, siempre he estado sola. Él murió o quizá nunca existió. Desde que comenzó esta vida, la he vivido solo con ella.

10

He terminado de hacer las llamadas y es momento de arreglarme. Reviso mi ropero solo para confirmar que no tengo nada con qué vestirme. Tengo que entrar a su cuarto para buscar algo oscuro que ponerme. Aunque este es un día de fiesta, así que debería salir y buscar algo en las tiendas. Algo de color vibrante, que hiera los ojos. Unos zapatos bonitos, con tacos que formen ampollas en estos pies encallecidos que me duelen hasta cuando uso zapatillas. Luego debería ir a la peluquería, hacerme un moño, cambiarme el color de pelo, maquillarme. *Ella ya no está.*

Entro a su cuarto y regreso a la realidad: ella está impregnada en todas las paredes, en las sábanas, en el aire. Sigue aquí. Abro su ropero y veo varios trajes que podrían quedarme. Yo soy más pequeña, mucho más delgada, pero esta falda y esta blusa pueden quedarme más o menos bien. Busco una cartera. Encuentro una pequeña que combina con la ropa. Es negra, como todo en esta casa. Calzamos casi igual, un poco de algodón en la punta y me pongo sus zapatos, me convierto en ella por un momento. *Ahí están mis dos hijos.* Sonrío porque hoy voy a contarles todos los sacrificios que he hecho por ellos, voy a enumerarlos para que les quede claro cuánto me deben. *Vengan, vengan.* Caigo en la cama, me quito los zapatos, me pruebo la ropa. He perdido más peso y todo me queda demasiado grande. No tengo tiempo para arreglarla, así que me lo llevo todo y cierro la puerta tras de mí. Me baño. Me miro al espejo para comprobar qué se puede arreglar. Hace tanto tiempo que no lo hago que tengo que cerrar los ojos y abrirlos lentamente para no asustarme. Ahí estoy: fea, ojerosa, arrugada. Desenredo mi pelo con cuidado, ya casi no queda nada de su color original. Duele cada tirón, pero logro dejarlo presentable. Lo amarro en una cola y procedo a minimizar con una pinza los vellos que se disparan en todas

direcciones. *Ya parezco mujer*, pienso. ¿Todavía mi gemelo y yo guardaremos algún parecido? Antes ni siquiera nos podían distinguir, éramos casi iguales a pesar de ser de sexos diferentes. ¿Yo parecía hombre o él mujer? Supongo que éramos una masa indescifrable, única, que ella había moldeado sin identidad y que nosotros, a través de nuestra fusión, habíamos ayudado a terminar de formar. Me visto, me miro al espejo una vez más. No estoy tan mal. Soy algo que, a un tiempo, la representa a ella, a mi gemelo y a mí. La unidad perfecta que ella inventó y quiso mantener para siempre.

He terminado de vestirme y me he sentado en el sillón porque no me siento lista para afrontar la calle. *Dentro no te pasará nada*, ella repetía siempre después de que mi hermano se fue. *No te pasará nada*, repetía, no por un miedo real a que me pase algo a mí, sino porque ella podría quedarse completamente sola. Es por esa razón que mis salidas de casa se limitaban a ir al colegio y luego a hacer sus compras o a salir con ella. Cuando todavía no tenía celular, ella calculaba el tiempo que debía demorarme en ir y venir y me decía la hora en que debía estar en casa. Desde que compró el aparato, me llamaba varias veces cada vez que salía a la calle. *¿Dónde estás? ¿Por qué te demoras? Soy una mujer enferma, si me pasa algo tú tienes que estar aquí para ayudarme*. A veces no le respondía y dejaba vibrar el teléfono en un ciclo eterno que no terminaba hasta que yo decidiera contestarle. De quince a veinte llamadas perdidas. De cinco a diez mensajes amenazantes. *Podría estar pasándome algo y tú no contestas. ¡Yo soy tu madre y tienes que responderme el teléfono! ¡Me dejas angustiada!*

Déjame, por favor.

El temor de salir a la calle es, en el fondo, el temor a escuchar su voz diciéndome que me apure, que debo estar a su lado porque no puede morirse sola.

Para eso naciste. Ven, sostén mi cabeza, sostén mis huesos, sostén mi cuerpo.

Abro la puerta con el manojito de llaves y escucho su voz que me apura y repite que no me olvide de cerrar bien las puertas ni las ventanas. Me acuerdo que he dejado abierta la ventana de mi cuarto y que eso debe molestarle demasiado. *No debo dejarla así, lo siento.* Entro y cierro todo con candado, como a ella le gusta y vuelvo a salir acosada por su voz que me dice que me estoy demorando demasiado. Camino hacia la avenida por una calle nueva, ancha, ruidosa, y me cruzo con las caras de la gente que parecen máscaras grotescas que se burlan de mí, que me ven como una loca porque aún me preocupo por ella, porque le tengo miedo y me domina aunque ya no está. No entienden: soy la misma, ella es la misma, su voz me persigue a cada cuadra recordándome que nunca debí salir porque algo me va a pasar. Pero debo apurarme porque la he dejado sola demasiado tiempo. Acelero como huyendo. Siento que me persigue, que en cualquier momento va a saltarme encima y morderme para alimentarse de mí y seguir viviendo.

Estiro la mano para detener un taxi. En el asiento del conductor se acomoda un ser con una máscara sin facciones, sin ojos, ni nariz, ni boca, un ser que con señas me dice que puede llevarme hasta el velatorio. Subo y me miro al espejo solo para comprobar que yo tampoco tengo cara y que seguramente tampoco la tienen el de la funeraria, ni el cura, ni mi gemelo: ahora todos estamos a su servicio. Hemos perdido la identidad porque estamos por ella y para ella, y por eso ya no somos individuos, sino esclavos anónimos que tenemos que ayudarla a morir. Y sonrío porque creo que quizá todos están sintiendo por un momento lo que yo he sentido durante toda mi vida. Gracias, le digo al taxista al llegar. *Ya estoy aquí.*

11

Las primeras células de tu cuerpo en morir fueron las neuronas. De tres a siete minutos luchan, y luego mueren por la falta de sangre y oxígeno. Las células de la piel pueden durar hasta veinticuatro horas. Ahora ya deben estar todas muertas. Lo siento, pero ese fue el tiempo que esperé antes de llamar a la funeraria. Cuando lo hice, todas tus células debían ya estar muertas. Ahora las bacterias dentro de tu cuerpo deben estar devorando tus órganos vitales para saciar su apetito. Dejarán tu interior vacío y convertirán tu cuerpo en una cáscara podrida y muda. Otras células pronto liberarán sustancias químicas para autodestruirse y de una vez acabar contigo completamente. Serán asesinas de las que no podrás librarte. El *rigor mortis* aún endurece tus músculos y te deja atada a la mesa de la morgue. Comienza tres horas después de la muerte y dura hasta treinta y seis, tiempo suficiente para que todo, *todo* lo de tu interior haya desaparecido.

Sé que el cuerpo demora entre doce y veinticuatro horas en disminuir su temperatura hasta el núcleo interior. Ahora debes estar completamente fría, y tu cuerpo adaptándose al fin a su verdadera naturaleza. La palidez extrema de tu piel debe representar tus quejas sobre enfermedades que nunca llegaron a atacarte tanto como hubieras deseado.

En un proceso natural, sin el cuidado de una funeraria, el olor que emana del cuerpo resulta insoportable. Hubiera aumentado a niveles insostenibles si no decidía ocuparme de tu cadáver. Es cierto que demoré bastante en hacerlo y por eso agradezco que mi gemelo me haya despertado de mi sueño de evasión para obligarme a sacarte de ahí. Pero no solo por la intensidad del hedor, sino porque en el sueño me estabas diciendo que todavía no he terminado de pagar la deuda que tengo contigo y que debo

levantarme para encargarme de ti. He cumplido, y por eso ahora llego al velatorio a darte el encuentro.

Probablemente te explique que conozco los tiempos de descomposición del cuerpo porque cuando me obsesioné con la muerte, con *tu* muerte, encontré un libro de medicina donde se detallaba este proceso. Leí y releí, página por página; observé las fotos de los cadáveres, imaginé con vehemencia que tenían tu rostro. Me desesperaba preguntándome cuánto más faltaría, pero la esperanza se iba diluyendo mientras los cálculos se hacían mucho más extensos. Perdí el interés. Los libros formaron una pila en mi cuarto y yo comencé a olvidar toda la información y también tu imagen pasando a través de ese proceso. Es devastador cómo la esperanza se convierte en desolación y luego en una falta de interés absoluta. Sin embargo, ahora que el momento por fin ha llegado, las imágenes se vuelven a acumular en mi cabeza solo para aconsejarme una mejor opción para deshacerme de ti.

¿Te dije que escogí la cremación? Una o dos horas y quedarás reducida a nada. No soporto imaginar tu cuerpo dentro de un cajón. Sería intolerable saber que después de un año te convertirás en un esqueleto, huesos y jirones de carne que me acosarán en sueños con reclamos olvidados. Un esqueleto puede durar más de cien años. Sería el elemento físico que no dejaría de recordarme tu presencia hasta que yo pase por el mismo proceso que tú. Lo siento, te diré, prefiero que te conviertas en polvo, prefiero dejarte ir y contener la respiración hasta que desaparezcas por completo para que ningún fragmento de ti se cuele dentro de mi cuerpo. Si no lo hago será peor, tu cadáver encajonado será el recordatorio permanente de que todavía existes en mi interior. *No, eso no pasará. Lo siento, eso no puedo permitirlo.*

Ahora estoy a punto de entrar a enfrentarme a tu cadáver y espero verte presentable. Sé que demoré mucho en llamar a la funeraria, así que les debe haber resultado difícil prepararte, regresar tus extremidades y boca a su posición correcta, vestirte a pesar de la rigidez, tratar de maquillarte y hacer que parezcas una persona calmada a pesar de los gestos de molestia y sufrimiento que conservarás siempre. Quizá no hayan podido arreglarte bien y cuando entre me pedirán disculpas y me dirán que han hecho todo lo

posible. Me advertirán que no me asuste. Yo les contestaré que no se preocupen, que ya estoy acostumbrada, que esto no puede ser peor de lo que ya conozco.

Entro al velatorio y me dices que ya era hora de llegar. Tu voz grave pregunta por qué he demorado tanto.

OceanofPDF.com

12

Un pasadizo de flores me guía hasta tu ataúd, donde a través del vidrio observo que tu cuerpo transmite una paz desconocida para mí. Tu boca casi sonríe. Ya no tienes esa expresión intranquila, tus párpados y tu mandíbula han detenido su temblor permanente. En todos estos años, no recuerdo tu rostro así de sereno. Quizá tu muerte te ha permitido conocer una tranquilidad que nunca nos transmitiste ni a mi gemelo ni a mí. Una tranquilidad que, ahora que has muerto, espero yo también pronto conocer.

Me acerco un poco más para buscar tu aprobación, pero no dices nada. Siento que quieres que recuerde los momentos en que aparentemente tuvimos una buena relación. ¿Existieron los buenos momentos? Tu rostro parece responderme que sí. Hago memoria. Son cuatro, ¿verdad? Una vez mi gemelo y yo estábamos jugando con unas témperas y nos pintamos la cara, él como un indio piel roja y yo como un payaso. Tú, en lugar de gritarnos como siempre, te uniste a nuestro juego y te pintaste la cara con flores. En otra ocasión nos llevaste al colegio y nos compraste un par de chocolates. Mientras los comíamos en el recreo, mi gemelo trataba de convencerme de que quizá tantas pastillas te habían curado. El tercer buen recuerdo fue cuando me acompañaste a averiguar sobre carreras universitarias. Yo estaba emocionada porque pensé que la partida de mi hermano te había hecho reflexionar, y por eso te habías convencido de que lo mejor sería darme un poco de libertad y dejarme decidir sobre mi futuro. El último buen momento debe ser ahora: tu serenidad me confirma que tengo tu aprobación, y que este ha sido el último paso antes de dejarte ir. Espero que me dejes ir tú también.

No ha venido nadie. Ni siquiera ha llamado mi gemelo. Me imagino que nuestro alejamiento de la familia ahora se traduce en esta ausencia general.

Siempre pareció que, más que alejados, estábamos en la clandestinidad. Y eso ahora nos ataca. *Lo siento, hice todo lo que pude.* El olor de las flores comienza a marearme. De pronto toda la tranquilidad que sentí en los momentos iniciales se desvanece porque percibo tu molestia. *No hay nadie,* escucho. No, no hay nadie. Nadie vendrá, a nadie le importas. *Ni siquiera te importo a ti, ¿verdad?* Ya sabes la respuesta. Lo afirmaste en una de tus notas, después de que te comenté que no me parecía necesario que me escribieras a diario. Quería hacerte entender que tus notas me dejaban sin fuerzas. La sola aparición de los papelitos bajo la puerta me lastimaba porque sabía que con cada nota vendrían palabras que me harían sentir mal. Por favor, no pases notas todos los días, no necesito recordar lo desgraciada que soy cada vez que me levanto. Por favor, no me manipules más. *No voy a leerlas. Las voy a guardar sin abrir, las voy a romper.* Pero no me hiciste caso y, poco después, recibí una nota más.

Si te escribo todos los días es porque tienes que saber cómo estoy. Tú, al encerrarte y dejar de hablarme, me obligaste a comunicarme contigo de esta manera. Aunque tú no lo creas, me preocupas y te extraño. Desearía con toda el alma que me hablaras o que tuviéramos una relación cercana, cosa que tú me niegas sin tener una razón. Yo siempre he sido una madre sacrificada y ustedes no lo han sabido valorar. Quedará en tu consciencia si lees estas notas o no. Nunca se sabe cuándo tendré una emergencia, y la única persona a la que puedo recurrir eres tú. Que Dios, la Virgen y sus ángeles te bendigan y te hagan reflexionar sobre tu comportamiento. Ojalá te den la sabiduría suficiente como para que sepas valorar el amor que te tiene tu madre. Yo, por mi parte, te seguiré escribiendo a diario.

Creo que tienes razón: no soy una buena hija porque he deseado este momento toda mi vida, y porque no verás ni una lágrima durante todo este proceso. Si viene alguien a darme el pésame le diré que no lo haga porque esto es lo mejor que me ha podido pasar. No me importas, nunca me has importado, y aunque la culpa sea tan grande que me agobie, sé que ahora

que no estás se irá desvaneciendo, y podré al fin estar verdaderamente tranquila.

Vuelvo a mirarte. Tu expresión no ha cambiado nada, y ahora comprendo que no eres tú quién está tranquila, que no eres tú quien me ha agradecido ni me ha dado su aprobación, sino que es mi tranquilidad la que veo reflejada en tu rostro. No nos volveremos a encontrar. En un tiempo yo moriré y me pudriré y no existiré más, mientras tú vagarás sola como tanto temías. Qué pena, qué desperdicio. Toda una vida evitando la soledad para terminar extraviada y flotando en círculos dentro de ella.

Es por eso que ahora practico mi mejor sonrisa para cuando lleguen los invitados a esta fiesta. Y si no llega nadie, no importa. Acá estoy yo, celebrando y esperando que todo termine para dejarte ir. Y yo, entrando en mis sesenta, comenzaré después a caminar, aunque no sepa bien hacia dónde.

OceanofPDF.com

13

Sabía que la única persona que no iba a faltar al velorio era su hermana. Por eso no me sorprendí cuando, a mediodía, la vi entrando con una enfermera que la llevaba del brazo. Entró a paso lento y dejó un pequeño ramo de lirios sobre el cajón. Me saludó sin emoción alguna y se sentó a mi lado.

Su hermana era una mujer acabada. Era unos años menor, pero parecía mucho más vieja. Además de mí, era la única persona con quien ella mantenía contacto. Siempre me pareció insoportable. Se esforzaba en mostrarse incapaz de dar opiniones propias y siempre terminaba dándole la razón a ella. Al igual que su hermana, pensaba que los hijos deben ocuparse de los padres hasta su muerte. Así les había enseñado mi abuela y ninguna de las dos pensó jamás que su madre podía estar equivocada. No tuvo hijos y guardaba una admiración secreta por su hermana. Supongo que en el fondo deseaba la vida que ella había tenido. Pero nunca había sido capaz de concretarla, y ser consciente de este fracaso me daba siempre una pequeña alegría. Por eso soportaba con cierta tranquilidad sus visitas. No me importaba su mirada de desprecio ni sus comentarios ofensivos. *Qué lástima que a mi hermana le haya tocado una hija como tú. Nosotras jamás hubiéramos actuado así con tu abuela.*

Ellas se habían quedado con su madre hasta su muerte. Quizá solo en ese momento se enfrentaron a la certeza de que si no tenían hijos podían morirse solas. A las dos les aterraba terminar en un asilo, pues creían que ese lugar no era otra cosa que un depósito donde se envía a las personas que se intenta desaparecer para olvidar que alguna vez existieron. Pero tuvieron suerte: su madre murió cuando eran relativamente jóvenes y eso les permitió planificar sus vidas y calcular cuánto tiempo les quedaba para formar una familia. Sin embargo, quizá por falta de experiencia o quizá

porque les fue complicado adaptarse a su reciente libertad, no reaccionaron con suficiente celeridad: ella estaba a punto de llegar al final de su vida reproductiva antes de tenernos, y su hermana se quedó sin poder concretar sus planes.

Y ahora está a mi lado, esperando en silencio que le hable. Pero yo me mantengo callada y entonces ella le dice a su enfermera que nos deje solas. La enfermera se aleja sin decir nada, está poco convencida de la conveniencia de dejar a su paciente con una mujer tan extraña como yo. Una vez que nos quedamos a solas, me pregunta por mi gemelo. Rápidamente me doy cuenta de que no espera ninguna respuesta. Lo único que quiere decir es que su hermana había actuado bien al echarlo a golpes. Después dice que ella siempre fue una madre entregada en cuerpo y alma, que su único error había sido preocuparse en exceso por unos hijos que nunca la habían merecido.

Yo no la escucho. Pienso en las innumerables razones que tendría para expulsarla del velorio. Esa madre de la que ella habla, no nos enseñó más que el miedo como único sentimiento. Fue una madre que me convirtió en un objeto hecho para cuidarla, que me transformó en un espectro, que hizo que mi piel se agrietara, mi pelo se blanqueara y comenzara a caer, y que volvió insostenibles los espejos porque mi imagen arruinada eliminaba cualquier atisbo de esperanza. Fue una madre que enfocó mis pensamientos en un único objetivo: desear hasta el enloquecimiento que pasaran rápidos los días para llegar a este momento tan largamente acariciado.

Sin embargo, aunque el momento ha llegado, ella todavía no me deja en paz. Sé que pronto va a decirme que yo estaba equivocada, que su presencia es demasiado intensa como para poder escapar de ella. Sé que esto todavía no ha terminado ni terminará nunca. Seguiré escuchando su voz en mi cuarto, no dejaré de recibir la nota diaria bajo mi puerta, su olor seguirá impregnando cada rincón de la casa. Las ventanas cerradas con candado y las puertas que nunca se abren sirven para preservar su presencia intacta y recordarme que mi historia se cortó cuando mi padre se fue, y se recortó aún más cuando mi gemelo nos dejó.

Nunca voy a perdonarla.

—¿Perdonarla de qué? Mi hermana tenía razón: tenerlos a ustedes fue lo peor que le pudo pasar.

—Vete, por favor.

La agarré del brazo. Podía sentir sus huesos. Era un esqueleto viviente. Me dio asco y tuve que soltarla. Su enfermera se acercó a la carrera pensando que iba a hacerle daño.

—Llévatela.

Tomada del brazo por la enfermera, la vieja me dijo unas palabras que no escuché mientras salía caminando penosamente por el pasadizo que formaban las coronas de flores. Yo miré su espalda curvada, sus pasos decrepitos, su miseria y su soledad, y la detesté aún más: ella representaba a todas las personas que no entendían mis razones para despreciar a esa mujer que decía ser mi madre. Después de tanto daño es válido no sentir cariño ni compasión. No es inhumano el asco que siento ante ella, es natural mi rechazo para protegerme de su presencia sofocante. Nunca voy a perdonarla. Ni siquiera me dio la oportunidad de no morir sola, oportunidad que ella sí tuvo.

OceanofPDF.com

14

Hay un reloj dentro del velatorio. Lo he estado mirando minuto a minuto durante casi una hora. No ha venido nadie más. Estoy sola contigo en este cuarto donde la luz es tenue y el aire asfixiante. Se parece a nuestra casa, con las ventanas que nunca se abren, las cortinas que nos protegen del exterior y las luces que solo se prenden cuando es necesario.

Durante los innumerables años que viviste en esta casa, te acostumbraste a colgar por todos lados letreros que nos recordaban permanentemente que debíamos dejar cerradas con llave las puertas y ventanas. Decías que alguien podía violentar nuestro espacio y llevarse nuestras pertenencias, nuestras pocas cosas de valor, nuestra historia. Hubiese deseado que alguien entrara y transforme nuestra vida en una experiencia un poco más soportable. Pero nadie lo hizo: los candados no permitieron que ningún intruso modificara nuestros días repetidos e interminables.

Mi gemelo llama a cada hora para preguntarme si alguien ha aparecido. La respuesta es siempre la misma: *solamente vino su hermana y la boté*. Me reclama por lo que, según dice él, es un comportamiento infantil. Después pregunta si estoy segura de que llamé a todos los que tenía que llamar. Lo ignoro y le cuelgo. La misma escena se repite cada cierto tiempo. Se repetirá, supongo, hasta que cierren el velatorio.

Ahora te miro en el cajón. Sigues esperando con serenidad. Quizá no te importa que nadie venga. Todas esas personas nunca te importaron. Tus primas, tus tías, todas las que te encargaste de alejar de nosotros, todas las que nos repetías a cada instante que eran malas, antipáticas, dominantes, soberbias. *Creen saber todo cuando no saben nada*, nos decías cuando rechazabas sus invitaciones.

Las pocas veces que íbamos a alguna reunión la pasábamos muy mal. Mi gemelo y yo nos alejábamos del grupo y jugábamos solos. Ella nos había prohibido relacionarnos con nuestros primos porque todos tenían algún defecto: *este es un vago, a esta no le gusta el estudio, el otro anda con malas juntas*. Pero sus padres también hablaban mal de nosotros. Mi gemelo se tapaba los oídos y yo me ponía a llorar porque la manera cómo ellos nos definían no se parecía en nada a lo que nosotros creíamos ser: *esos son unos antisociales. No juegan con nadie. No son normales. Son medio retrasados*. Yo intuía que nosotros no éramos así, sino que ella, bajo amenazas y advertencias, nos había convertido en esos entes despreciables sin otra realidad que la que ella nos había inventado.

Cuando mi gemelo se fue, todo empeoró para mí. Me convertí en el único blanco de las críticas, en la rara de la familia, en la que nunca hablaba y caminaba con la cabeza gacha, en la que nunca había sido nadie y nunca lo sería. Yo hubiera querido decirles que no tenían derecho a hablar así de mí. Si yo no estudiaba ni salía a la calle no era por decisión propia, sino porque ella no me lo permitía. Hubiera querido que sepan que estar encerrada me había obligado a leer frenéticamente, y que eso me había permitido desarrollar una inteligencia que ellos, supuestamente mejores que yo, nunca iban a conocer. Por eso es que eran incapaces de entender que esa que veían no era yo, sino el invento de ella, un cuerpo inerte que manejó a su antojo.

Nadie tenía derecho a criticarme ni a minimizarme, menos en mi familia: ellos eran para mí los verdaderos fracasados. Si yo hubiera tenido las mismas oportunidades, hubiera llegado a ser alguien. Pero no las tuve. Y acá estoy, incontables años después, a solas contigo, como siempre lo quisiste. Sin ninguna tía, prima o sobrina que me mire y sienta lástima de mi mala vejez y mi fracaso.

Lo único que me gustaría tener de ti es tu cara de serenidad. Una máscara para ser otra o, más precisamente, para ser alguien. *Sí, llamé a todos y ojalá que nadie venga*, le digo a mi gemelo mientras te miro una vez más. Eso es lo único que aprendí a hacer.

15

Aprendí a contemplar tu nuca blanca con vellos transparentes. Yo siempre detrás de ti con la cabeza solo a medias levantada. Ahora tus ojos están cerrados, ya es de noche y no ha venido nadie más. En el velatorio del costado hay unas veinte personas. Algunos miran hacia el nuestro y parecen sentir lástima o, al menos, incomodidad. A pesar de que no quería que venga nadie, me avergüenza ser una vieja solitaria en un lugar como este. Pero estoy acostumbrada a que me miren con extrañeza. Cuando caminábamos por las calles, tu nuca guiaba mis pasos y me decía a dónde debía ir y qué debía mirar. Siempre detrás de ti: tu nuca, mi guía. Ahora comprendo que si no ha venido nadie es porque yo, siempre detrás de ti, he sido simplemente tu extensión.

Hace años, cuando comencé a contar los días, tenía la esperanza de que tu muerte me sorprendería relativamente joven para poder empezar de nuevo. Proyectaba aprender un oficio para ganarme la vida. También imaginaba que mi hermano regresaba para volver a vivir juntos como una familia. En los momentos más desesperados, pensaba también que podría encontrar algún trabajo humillante, un trabajo que te avergonzara, solo para vengarme de tus imposiciones. Deseaba intensamente fracasar para trasladarte toda esa culpa que me habías enseñado a sentir. Sabía que a pesar de tu muerte la misma culpa te perseguiría, y eso haría que la energía que se percibía en la casa se fuera desvaneciendo.

Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, la esperanza se hacía más dolorosa, tanto que tuve que dejar de hablarte para no volverme loca. Luego tus notas empapelaron las paredes y las ventanas de la casa. Me daba cuenta, a través de tus palabras, de que nada cambiaría aunque estuvieras

muerta. Mis esfuerzos nunca serían suficientes para hacerte desaparecer por completo, aunque reducirte a cenizas dispersas en algo ayudaría.

Ahora que el momento ha llegado no sé cuánto de mí hay en este cuerpo agrietado, no sé de dónde debo partir para encontrar mi verdadera identidad. ¿Realmente existo o sigo siendo tu proyección? Según parecen decir quienes miran a lo lejos la quietud de nuestro velatorio, no soy más que la réplica viva de lo que yace en tu ataúd, restos envejecidos al borde de la destrucción.

Mi gemelo vuelve a llamar. Me pregunta si también le dije a la familia que mañana los restos serán cremados. Le respondo que sí, pero que dudo que alguien se presente. Después le pregunto por qué no viene. *Ahora que está muerta, te será mucho más fácil.*

—Sabes que no voy a ir. No sé para qué preguntas.

—No es justo. Tú también eres su hijo.

Él repite lo mismo que debe haber dicho miles de veces en los últimos cuarenta años. Vuelve a decir que él ha pagado el funeral y que esos billetes bastan para confirmar que ha cumplido su deber. Le cuelgo el teléfono una vez más. No tengo mucho que hacer en este espacio cerrado, pero dejo que las horas corran y espero el momento de volver a casa y encontrarla vacía.

El velatorio va a cerrar. Pasan por delante de nuestra puerta los asistentes del velorio de al lado. Me miran y aceleran el paso. Debo parecerles un espectro o una aparición. Lo soy. Aunque siempre he deseado encontrarme a mí misma más allá de esta realidad, a pesar de que reconozco una vez más que no soy más que su proyección. Hoy lo asumo sin reclamos. No puedo hacer nada. Ya no me interesa hacer nada.

16

Aunque la casa nunca ha estado tan vacía, estoy rodeada por tu presencia que es pesada, densa. No se puede caminar con facilidad porque los pies pesan. Se siente algo que los detiene, que me obliga a pensar en tu cuerpo abandonado dentro del cajón. Nunca has dormido fuera de esta casa. Hoy estás sola, verdaderamente sola en ese cajón herméticamente cerrado. Lo siento, no podía quedarme velando tu sueño, no podía quedarme a tu lado por si ocurriera alguna emergencia. Si ahora me llamas, no sé qué podría hacer. Trato de evadir tu presencia para que no reclames, para que no te des cuenta de que estoy aquí y he dejado tu cuerpo sin compañía. Si te das cuenta, comenzarás a insultarme. Siempre has buscado nuevas maneras de torturarme. Te acostumbraste a mencionar el suicidio y las enfermedades, y con eso me has sucumbido en un estado de alerta permanente. Felizmente mi gemelo pudo escapar de ti. En cambio yo me quedé atada por completo.

No pude desvincularme de ti a pesar de haberte quitado la palabra. Tenía que leer esas notas que pasabas por debajo de la puerta todos los días. Temía que alguna de ellas fuera tu carta de despedida. ¿Cuánto tiempo tocabas la puerta antes de dejar la nota? La golpeabas sin parar, y los primeros minutos decías palabras cariñosas para sentir que era yo la que estaba equivocada. Pero no te abría y entonces el tono de tu voz cambiaba y me recordabas todos los sacrificios que habías hecho por mí a lo largo de mi vida. Yo escuchaba moviendo la cabeza y jugando con las manchas de pintura en las paredes. Entonces pasabas a las amenazas. Yo sabía que pronto te marcharías, y que al rato volverías para deslizar la nota. Si tardabas un poco más del tiempo calculado, pensaba que podías estar haciendo algo contra tu vida. Entonces abría la puerta, te buscaba y ahí estabas tú, agazapada en algún rincón. Saltabas a abrazarme, pero yo te

rechazaba instintivamente. Tomaba la nota de tus manos y, con una sensación de asco, volvía a encerrarme en mi cuarto.

Las notas siempre eran iguales. Describían lo poco que hacías, me pedían que me encargara de tus problemas inventados, suplicando que cambiara. Era yo quien estaba equivocada, era yo quien no entendía cómo se tenían que hacer las cosas. Por eso, a pesar de que no estás, camino de puntillas para no hacer ruido. Cierro en silencio la puerta de tu cuarto con la esperanza de que esa energía acumulada dentro no siga escapando. Pero siento que tu presencia se quiere colar por debajo de la hendidura. Me voy a mi cuarto y me encierro. Me tiendo en la cama y trato de encontrarme aquí y ahora. Toco mi cuerpo, siento que estoy, pero que algo falta. ¿Será que una parte de mí se ha quedado contigo? La ventana está cerrada y yo siento que estoy en un cajón de muerto, tal como tú. Estoy rodeada de madera, no puedo escapar. Siento lo que tú sientes. Comienzo a mordirme las uñas. Cierro los ojos y trato de recordar alguna vez en que me haya sentido un individuo y no una extensión de ti. La única imagen que aparece es cuando estuviste en el hospital. Estás en cuidados intensivos por una operación que no salió bien. Llevas tres meses internada. Enflaqueces, tus ojos se hunden. Tengo que encargarme de todo: cuidarte, hablar con los médicos, velar por la seguridad de la casa. Asumo muchos papeles: el de mi padre, el de mi gemelo, el de hija, el de madre, el de esposo. Intento individualizarme, me busco. Alguno debo ser yo. Tengo que encontrarme y valerme por mí misma, porque tú estás postrada en una cama y la casa no puede mantenerse sola. Soy yo quien hablo, quien dirijo. Se siente bien. Soy yo la que te cuida, la que paga las cuentas, la que tiene voz para preguntar, la que asume el control y toma las decisiones. ¿Esa era yo? ¿Así hubiera sido si no hubiese estado bajo tu dominio? Tú no puedes hablar, la sonda que sale de tu nariz no te lo permite. Estás muda. Te has convertido en mí: en esa que no habla, que evade las miradas, que duerme y se levanta sin otro propósito que no sea servirte. Ahora eres tú quien me sirve para conocer a esa que quizá soy yo. La que puede hablar, mirar y decidir. Esa que por primera vez se da cuenta real y tangiblemente de que existe una vida fuera de tu mundo.

Durante esos tres meses tomaba caminos más largos para demorarme la mayor cantidad de tiempo posible antes de llegar a casa o al hospital.

Quería conocer esas calles que no lograba descifrar. Sentía que el momento de comenzar de nuevo, sin ti, había llegado. Cada vez que ingresaba al hospital, tenía la esperanza de que me dijeran que habías empeorado y que tu final estaba cerca. Pero tu condición no variaba. *No será tan fácil*, parecías decir. Le preguntaba al doctor. *Hay que esperar*, me respondía. Ya he esperado demasiado.

No quiero esperar más.

He visto lo que hay más allá de ella, de nuestra casa. No quiero perderlo.

Pero la esperanza no duró demasiado. Poco antes de que cumplieras cuatro meses internada, te quitaron la sonda y con ello recuperaste el habla y liberaste en pocas horas las quejas que en todo ese tiempo te habías callado. Empecé a sentirme asfixiada, y todos los individuos que habían nacido en mí durante esa falsa libertad súbitamente murieron y solo dejaron a la que siempre he sido.

Nunca más volví a esperar que las cosas cambiaran. Ahora estoy encerrada en mi cuarto con tu presencia golpeando a mi puerta. Supongo que estás llorando, que tienes miedo de estar sola en el velatorio. Tienes miedo de que te pase algo y seguramente estás exigiendo que vaya a hacerte compañía. Eso soy, lo que siempre he sido y siempre seré: tu guardián, tu enfermera, tu sirvienta. *¿Cómo es posible seguir viviendo si fuera de ti ya no sirvo para nada?* Mi cuerpo está muriendo simultáneamente al tuyo. Siento que mi sangre detiene su fluido, que mis células languidecen y que el oxígeno no llega a mis pulmones a pesar de las bocanadas de aire que absorbo.

Me levanto desesperada, abro la puerta y la ventana. Siento el aire. *Necesito vivir, necesito comenzar de nuevo. Por favor.* Respiro profundamente y siento que mis sistemas comienzan a activarse a pesar de que tu presencia todavía no termina de escaparse por la ventana que aún permanece abierta.

Me pregunto qué clase de familia hubiera podido formar. Hacía un tiempo que se venía discutiendo en el país sobre *tipos de familia*, y yo había leído un extenso artículo que explicaba que el núcleo básico padre/madre/hijos se había roto y que esta ruptura creaba nuevas relaciones familiares. Pensé en cuántas vidas distintas hubiese podido tener si me lo hubieras permitido. En ese punto me detuve largo rato.

Si mi gemelo se hubiera quedado, quizá hubiéramos podido formar un núcleo unido por el odio, el miedo y la culpa. Una especie de matrimonio fuera de la ley, dos viejos derrotados que sobreviven esperando tu muerte, y con ello el final del ciclo que nos habías impuesto. Otra posibilidad hubiera sido el mismo núcleo convencional: madre/padre/hijos. Difícil, improbable. Creo que tu matrimonio siempre estuvo destinado al fracaso. No recuerdo ninguna muestra de cariño entre nuestro padre y tú. Ni siquiera entiendo cómo pudieron soportarse durante los primeros años de nuestra existencia. Tú repetías que aquel hombre se había enamorado de ti, pero que tus enfermedades, y sobre todo, el problema de tu fertilidad, lo habían alejado. Sin embargo tú no te sentías culpable. Los responsables eran las pastillas, tu cuerpo arruinado y los años que pesaban. Te costó mucho quedar embarazada y, cuando por fin sucedió, parecía demasiado tarde: él ya no te veía como una persona sana, sino como una carga, una inválida empeñada en fabricar dolencias para retenerlo a tu lado. Cuando nacimos tu dependencia aumentó. Tu sistema nervioso colapsó y para ti nosotros éramos los responsables. Fue en esa época cuando mencionaste por primera vez el suicidio. La amenaza parecía funcionar bastante bien con nuestro padre. Pero hubo un día en que su reacción, normalmente sumisa, fue distinta. Recuerdo vagamente que fue a la cocina, sacó un cuchillo de

carnicería y lo tiró a tus pies. *Mátate de una vez*, te dijo. Nunca había escuchado su voz tan clara y convencida, y supongo que tú entendiste que él estaba hablando en serio y por eso no hiciste nada. No recuerdo si fue esa misma noche o pocos días después cuando él desapareció. Entonces nuestra familia se redujo a una pequeña sociedad enferma.

A veces me pregunto qué hubiera sido de nosotros de no haber estado sometidos a tu control. ¿Había manera de ser diferentes? Supongo que lo único era desaparecer, tal como lo hicieron ellos: primero nuestro padre y después mi gemelo. Quizá ellos hayan podido estar más tranquilos. El hombre que dormía contigo puede que haya tenido otros hijos y nietos, aunque ya debe estar muerto. Mi gemelo tuvo suerte de encontrarse con nuestro amigo para llevar una vida juntos. Supongo que le debo reconocer la valentía de abandonar la casa y formar su propio núcleo en un lugar donde ni ella ni yo teníamos cabida. ¿Hubiera podido escaparme con ellos? ¿Podríamos haber formado un núcleo los tres? ¿Por qué no me llevó con él o por qué no regresó por mí? Me imagino que era demasiado para él verse obligado a lidiar otra vez con ese pasado que decidió dejar atrás. Yo era una sombra turbia, muy parecida a ella, que bloqueaba el futuro que él seguramente imaginaba cuando se perdió por la calle con esa mochila que yo le ayudé a preparar.

¿Y si me hubiera escapado yo también? ¿Me hubiera enamorado? ¿Hubiera pensado en tener hijos? Supongo que no los hubiera tenido. El miedo a ser como ella hubiera bloqueado mis ovarios, tal como pasó en mi adolescencia, cuando mi sistema reproductivo se negó a producir óvulos y la menstruación desapareció por completo. Parecía que mi útero sabía que la historia iba a repetirse, y por eso se negaba a recibir a otro individuo. Si hubiera tenido hijos, seguramente los hubiera acosado con llamadas telefónicas. Los hubiera obligado a volver a casa para bloquear mi miedo a que les pase algo. Los hubiera encerrado con candado para que nunca pudieran salir sin mi permiso. Los hubiera amenazado para que el miedo a que yo atente contra mí les impidiera alejarse y construir su propia vida. *Eso es lo que tu abuela me enseñó y tenía razón*, repetías.

Si hubiera seguido la estrategia de rebelión de mi gemelo, hubiera buscado estar con una mujer para hacerte sentir asco, para que me botaras

de la casa a palos y no quisieras verme más. O quizá, si me hubieras dado la oportunidad, hubiese podido conocer a alguien que me enseñara a ser feliz a pesar de tener que cargar contigo. Es verdad que mi miedo a tener hijos hubiera sido permanente, pero quizá lo hubiera podido superar y ahora los tendría. Los hubiera dejado libres, porque cada vez que notara que me estaba pareciendo a ti hubiera corrido a la cocina a cortarme la piel y dejar salir por la herida tu sangre y tu locura. Cada cicatriz hubiera sido una marca de mi verdadera identidad.

¿Y si me hubieras dejado estudiar como aparentemente ibas a hacerlo cuando visitamos varias universidades? Le hubiera demostrado a la familia que no soy la retrasada mental que todos creen. Me hubieran visto como una persona exitosa, y seguramente ahora sería mejor que ellos. Pero no me permitiste estudiar, y por eso no solo he fracasado, sino que rozo la anormalidad. ¿Crees que no sé que siempre me han visto así? ¿Crees que eso no me duele? Pero yo sé que mi verdadera identidad está debajo de este cuerpo agrietado y de esta cara adormecida que expresa lo que ellos creen que soy.

¿Qué hubiera sido de mí si llegabas a darme una oportunidad? Sé que nunca lo hubieras hecho porque sabías que eso podría haber sido tu ruina. Sabías también que mi miedo se iría desvaneciendo y que mi falta de cariño llegaría a transformarse en una indiferencia total hacia ti. Por eso no lo permitiste. Y yo que siempre fui una cobarde que nunca pudo rebelarse porque tenía miedo de cargar con la culpa de tu muerte toda la vida. Ahora estoy sola, como tú tanto temías estarlo. Pero no tengo miedo porque quizá ahora que tu muerte por fin ha llegado, me queda la esperanza de que algo va a cambiar. Y si no cambia nada, no me importa, acá seguiré esperando que esto termine.

18

He pensado cómo van a ser mis días ahora que tú no estás. La ventana está abierta y el viento que de pronto irrumpe en el cuarto me produce angustia. Por más que trato de convencerme de que lo mejor será olvidar el pasado y comenzar de cero, entiendo que hacerlo me dejará vacía. Toda mi vida has sido tú y ya estoy demasiado vieja como para construir un futuro que sea capaz de vivir.

Tengo miedo y, a la vez, el exterior me produce una fascinación extraña, casi enfermiza. Me imagino dejando esta casa para mudarme a un lugar nuevo. Luego recuerdo las veces que pasabas por debajo de la puerta los avisos clasificados con varios departamentos marcados con plumón y una nota adhesiva que se burlaba de mí:

Mira qué caros están los alquileres. Alguien como tú nunca podría pagar algo así. Felizmente que tienes a tu madre que nunca va a dejarte en la calle. A ver si sales un rato de tu cuarto para estar juntas. Es domingo.

Cuánto tiempo fui verdaderamente una ignorante. Cuando era adolescente no me dejabas ni siquiera ver el periódico ni la televisión. Te justificabas diciendo que los noticieros eran vulgares, obscenos, que nada de lo que pasara fuera de esta casa tenía que interesarme. Yo me sentía insultada y, antes de entrar al colegio, me paraba delante del puesto de periódicos y leía los titulares para no sentirme tan ajena a la realidad. Ahora entiendo que es difícil acostumbrarse a tener que enfrentar ese mundo exterior cuando nunca se ha conocido nada fuera de estas cuatro paredes. Mi miedo a las calles y a las personas es un factor a tomar en cuenta en esta

nueva vida. Ya estoy vieja también para conocer el lenguaje de la calle, los signos, las avenidas más allá de mi zona segura. No es tan fácil. Librarme de ti solo ha sido el primer paso de un camino desconocido, un camino que a mi edad me cuesta demasiado enfrentar.

Caigo en la cama. Mi cuerpo pesado, mis huesos rajados, mis músculos contraídos solo confirman la vejez a la que me enfrento. Este cansancio constante indica que no estoy al comienzo de mi vida, sino al final. No lo quiero reconocer porque mis pensamientos se detuvieron cuando empezó mi espera. Saco el cuaderno para recapitular. La espera comenzó hace veinte años, según la fecha de la primera página. Ahí detallo mis cálculos, mi predicción.

No durará más de ochenta y seis, y en ese momento yo todavía seré joven y podré comenzar de nuevo. No durará más, estoy segura. Toma demasiadas pastillas, sufre falsas enfermedades que de seguro muy pronto se manifestarán. Quizá tenga suerte y ocurra antes. Ojalá. Parece que soy una mala persona por desearlo, pero estoy convencida de que nadie está en la obligación de sentir cariño por otro miembro de su familia por el simple hecho de serlo. Yo no siento nada por ella. Tampoco por mi gemelo ni por nuestro padre. No se puede sentir nada por personas que te han hecho tanto daño. Solo se puede sentir odio. Espero que suceda antes.

Pero no tuve suerte. No solo duró seis años más de lo previsto, sino que esos seis años fueron decisivos para mi cuerpo. Esos seis años adicionales terminaron por aplastarme. Los dolores se han acentuado, las ganas de comenzar una nueva vida se han extinguido casi por completo. Esos seis años me han reducido a escombros.

Ya no me siento capaz de seguir contando los días porque es terrible haber tenido tanta esperanza y ver cómo se desvanece sin que pueda hacer algo para evitarlo. Sé que los días se han alargado y que mis fuerzas se agotan. Creo que sería mejor que cuando ella muera, lo haga yo también. Prefiero la muerte a la frustración de

verme libre y no ser capaz de levantarme de la cama para poder vivir la vida que esperaba. Todo esto terminará también para mí. Supongo que es mi castigo, como ella diría, por haber estado contando los días para su muerte. Será que en realidad he estado contando los días para la mía.

Y acá estoy, tendida en la cama con todos los dolores de la vejez. Me envuelvo en la sábana y cierro los ojos. Estoy segura de que esta noche no va a ser la última porque ella no va a dejarme tranquila hasta que acabe con este castigo que me ha impuesto. Cuando termine el proceso, quizá deje de acosarme y yo pueda cerrar los ojos y esperar de nuevo, amortajada y tranquila, el momento en que mis huesos descansen de una vez. La espera no ha terminado como lo imaginé, solo me queda la certeza de que nada alterará lo que hasta ahora he sido.

OceanofPDF.com

19

Debo dormir. Mañana tu cuerpo se convertirá en fragmentos y nuestra historia se dividirá en minúsculas piezas que será imposible volver a unir. Estarás tan diseminada en el espacio y en el tiempo que quizá mi memoria no te reconozca y pueda al fin borrarte. Desaparecerás. Mañana comenzaré a sacar tus cosas, abriré las ventanas para dejar escapar tu presencia, sacaré tus recuerdos de debajo de la cama. Voy a partir la historia, la voy a detener.

Estoy en posición fetal, como si estuviera obligada a reproducir el inicio de nuestra historia. Falta mi gemelo, empujándome hacia abajo, buscando comodidad en este lugar donde nunca hubo espacio suficiente para que todos pudiéramos sentirnos bien. Falta nuestro padre, su mano rozando tu vientre para estar seguro de que, después de tantos intentos, el embarazo es real. Y faltas tú, hablándonos desde tu encierro, susurrándole a tu abdomen hinchado que el reposo recomendado por el médico será el primer sacrificio que harás por nosotros. Apuntas en un cuaderno, la deuda comienza a sumar. Yo, dentro de tu vientre, me voy convirtiendo en un animal. Desarrollo gestos y acciones mecánicas, estiro mi mano y trato de tocar la placenta de mi gemelo. Tengo que avisarle que tenemos que aprender mecanismos para sobrevivir. Mi gemelo no me responde y yo me desespero. Ella sigue apuntando en su cuaderno, sobre todo ahora que me muevo ansiosamente y eso le produce dolor. Mi gemelo no quiere escuchar porque prefiere morir antes que nacer cargando con esa deuda inmensa. Lo entiendo. Comenzamos a darle más molestias. El médico le ordena que no se levante ni siquiera para ir al baño. Nosotros nos negamos a nacer y ella nos fuerza cada vez más. Toma medicinas que nos intoxican, que nos saben amargo y queremos escupir. Mi gemelo decide dejar de respirar cuando nos faltan dos meses para nacer. Lo imito. Ella comienza a sentirse peor.

Palidece, se desmaya, pero no se olvida de apuntar. El doctor nos examina y le dice que tiene que sacarnos. Nos arranca con violencia de tu vientre. Contenemos la respiración, pero el médico nos da una palmada y soy yo la primera que pierde el control y comienzo a llorar. Luego mi gemelo me imita.

Y lloramos los dos. Y ella anota mentalmente cuánto va creciendo la deuda. Mañana, cuando salga del horno crematorio, habré terminado de pagarle. Dejará de ser una usurera, dejará de cobrarme esa deuda tan alta que me ha empobrecido hasta convertirme en este cuerpo arruinado.

Me duele la espalda. Esta posición no es la más adecuada para la espera. Me muevo, miro al techo. Entro en un estado de ensoñación. De pronto te presentas. Tu voz me reclama, me dice que es imposible que pueda olvidarte. Exiges que acepte que te estoy mirando. Lo hago: te veo demacrada, inválida, débil. Imagino el fuego del horno crematorio, los fragmentos de hueso, el polvo que flota en el aire y se aleja mientras yo contengo la respiración. Luego aparece una mancha negra en mi memoria. Es como si no hubieras existido nunca. No te gusta. Me vuelves a amenazar como lo hacías cuando estabas viva. No me importa. Ya no existes, ya estás muerta. ¿Qué podrías hacer ahora para echarme la culpa de lo que te pase? Tu amenaza más grande, la más temida por mí, ya se cumplió y yo no tuve nada que ver con ella. No es mi culpa. No me amenes más, ya no sirve de nada.

Ya estás muerta, date cuenta.

Respiro profundamente y me levanto para buscar tu cuaderno. No lo encuentro. Quizá nunca existió, quizá la deuda solo estaba contabilizada en tu cabeza. Y esa cabeza, ese cerebro, ya no sirven más. ¿Recuerdas? Las neuronas son las primeras células que mueren. De tres a siete minutos. La deuda está saldada. Mañana ese papel donde apuntaste la cuenta arderá dentro del horno crematorio y se habrá convertido en polvo. Habrá desaparecido.

Es tarde. Regreso a mi cuarto y vuelvo a perderme entre las sábanas. Tú estás en un rincón. Te has callado, pero me sigues mirando con esos ojos

que siempre me han dicho que nunca seré libre. Está bien, lo acepto. Pero nunca más podrás cobrarme nada. Respiro aliviada. Los años que me quedan por contar serán mejores.

OceanofPDF.com

20

Hoy me he levantado y he decidido recorrer por última vez el único camino que conozco, el que lleva de nuestra casa a la avenida principal. Ahí, en cada paso que he dejado todos estos años, están los fragmentos de mi vida y de mi cuerpo, que han ido transformándose y dejando sus restos pegados en la vereda. Siempre hacía el mismo camino de ida y de vuelta para ir al colegio, después solo cuando tú lo necesitabas. Ahora lo recorreré para llegar al velatorio y encontrarte una vez más. Me acercaré al cajón y te diré que he vuelto a ver las mismas casas de siempre, la bodega, la iglesia, el mismo parque, algunas caras conocidas e igual de demacradas que la mía. Ese camino que siempre ha sido más doloroso al transitarlo de regreso. El camino de ida significaba salir de casa, ver la luz, sentir el aire en la cara. Todo esto me hacía creer que estaba viviendo una vida distinta a la mía. Me hacía creer que podía demorarme o ir más lejos del supermercado. En suma, que me era posible la vida de una persona normal. En ese momento me transformaba: sonreía, alargaba la espalda, relajaba mis pasos. Las llaves en mi mano sonaban con libertad, como si fueran mías, como si me hubiera sido posible escapar de tu voz cada vez que así lo hubiese necesitado.

Todo terminaba cuando llegaba a mi destino que normalmente era el supermercado. Entraba por la sección de los perecibles. Ahí estaba la monotonía de siempre: manzanas, naranjas, duraznos y el mismo dependiente sin rostro ordenándolos unos sobre otros. Yo tomo una bolsa transparente y la lleno con la misma cantidad: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete. Una fruta para cada día de la semana, solo para ella porque yo no soporto ni siquiera mirirlas. Llego a cerrar la bolsa con un nudo que siempre se enredaba en mi dedo. Luego la entrego al dependiente que parece que nunca va a terminar de ordenar lo que tiene a su alrededor.

Ahora solo se detiene para darme el precio, que siempre es el mismo porque no puede variar, porque si lo hace rompería la rutina. Entonces yo meto la bolsa en la carretilla, que sin darme cuenta, empiezo a empujar de manera acelerada.

Toda la fantasía ha concluido. Vuelvo a ser la misma de siempre que empuja una carretilla. Soy controlada repetidamente por unas llamadas de teléfono. El tiempo que tengo permitido va llegando a su fin. Y entonces, me veo otra vez como eso que ella siempre se ha empeñado en recalcar que soy: un monstruo que se ha aprovechado de una anciana enferma que no puede valerse por sí misma. Se me acaba el tiempo, debo irme antes de que ella termine mi transformación y la gente a mi alrededor no pueda tolerar mirarme. Empiezo a correr con la carretilla por los pasillos tratando de completar la lista que ella me ha escrito, que siempre es la misma, que sé de memoria. Compro el pan, la carne, el pollo, las verduras, el jabón, el detergente...

Llego a la caja angustiada, me tapo la cara porque siento que mi transformación casi se completa. Pago con manos temblorosas. El teléfono vuelve a sonar y yo sigo convirtiéndome en el monstruo que ella ha inventado. Comienzo a tener miedo porque la gente a mi alrededor va a asustarse. No le contesto y me apuro más. Salgo a la calle empujando la carretilla. El teléfono suena y esta vez contesto. Su voz me exige que acelere más, y mi cuerpo obedece aunque yo no se lo ordene. Supongo que, después de esta última exigencia, mi transformación está casi completa: sin darme cuenta, ya estoy en tu puerta, ya he sacado la llave, ya he girado la cerradura. He entrado y te he visto con los ojos llenos de lágrimas. Me dices que he demorado demasiado, que te pudo haber pasado algo en este tiempo y yo no hubiera estado para asistirte. Y sigues hablando porque mi transformación no te satisface. Quieres que mi rostro sea lo más parecido a ese monstruo despreciable que tú has moldeado.

Estiras la mano para que te devuelva las llaves. Te las doy con la cabeza agachada porque he notado mis dedos deformes y no quiero que descubras la humillación que siento. Pero tú me obligas a levantar la cara porque en el fondo esa humillación te resulta gratificante. Quieres verme mirándote a los ojos, y así confirmar que tus palabras hicieron efecto. Levantas mi mentón

y yo te miro exactamente como tú quieres. Te burlas de mí haciendo sonar el llavero y lo guardas en un cajón cerrado con una llave de tu manojo inalcanzable. Antes de regresar a tu cuarto, me pides que ordene lo que he traído. Mientras lo hago, fruta por fruta, siento desprecio porque detesto no tener una casa a la que quiera volver. Esta no es mi casa, ni mi cuarto, ni mi espacio. Aquí no hay nada más que la monotonía de estas frutas que me recuerdan que no soy más que una presencia sin identidad. Solo manzanas, naranjas, duraznos y mis dedos deformes ordenándolas para ti.

Hoy voy a recorrer ese camino por última vez. Y será solo en una dirección.

OceanofPDF.com

21

Una nueva llamada de mi gemelo me hace notar que estoy saliendo de casa demasiado tarde. Como siempre, desde lejos, él mira con ojos omnipotentes, abre la boca y ordena.

—Ya deberías estar ahí hace rato. Qué vergüenza si alguien va y la encuentra sola.

—No va a ir nadie. Además, tú también deberías estar acá.

—Deja de decirme lo que tengo que hacer. Ustedes han vivido todo este tiempo de mi trabajo. Si sumara toda la plata que les he mandado, no te alcanzaría la vida para pagármelo.

Cuelgo el teléfono. Siento que mi rostro enrojece. Lo odio tanto como a ella. Ella siempre lo ha excusado diciendo que su homosexualidad era una enfermedad que lo había llevado a la locura. Creía que debido a ese mal, él había perdido la consciencia y el contacto con la realidad y por eso nos había dejado solas. No se le podía juzgar como a una persona normal, no se le podía comparar conmigo. Cuando recién se fue, me obligaba a arrodillarme delante de sus santos y rezábamos juntas un rosario completo para pedir que se curase, para que Dios lo hiciera entrar en razón. En cambio, ¿quién rezaba por mí?, ¿quién me amparaba a mí? Supuestamente yo era normal y por eso podía ser medida con toda la fuerza de su severidad. Cada una de mis pequeñas rebeliones, como dejar de hablarle, me convertía en un ser despreciable. Mientras él siempre era justificado por su supuesta locura y por mantener la casa. Ella agradecía que, a pesar de su enfermedad, él tuviera el gesto generoso de mandar dinero para mantenernos. Yo, en cambio, era vista por los dos como una inútil y malagradecida. Nunca entendieron que mi sacrificio, en realidad, fue mucho mayor. Quedarme con ella significaba tener que cuidarla, estar

obligada a quererla a pesar de sus maltratos, soportar todas sus manías, ser sumisa y obedecerle aunque no estuviera de acuerdo con nada de lo que me pedía. Ella tenía que ser el centro de atención porque se había sacrificado demasiado por mí y ahora me correspondía hacer lo mismo. Tenía que pagarle entregándole mi vida para que guiara mis pasos a través de un camino que empezaba y terminaba en ella.

Mi gemelo tenía todo muy claro desde que se fue. Él mismo asignó los roles que debíamos cumplir: él alimentaría mensualmente una cuenta en el banco, y yo debía cumplir con todo lo que él pidiera. Su sentimiento de culpa lo convirtió en una persona extremadamente nerviosa y paranoica. Como tenía miedo de que algo le pasara a ella, y eso incrementaba la posibilidad de cargar con la culpa de su muerte, me exigía que la llevara al doctor por lo menos una vez al mes. Si no lo hacía, él llamaba y me recriminaba con mucha severidad.

—Eres demasiado irresponsable. Mi madre se está quejando de dolor de pecho hace varios días y no te importa. Estás encerrada en tu cuarto como si no pasara nada. Hoy mismo la llevas al doctor.

—Si tanto te preocupa, ven tú a llevarla. Y además no le duele nada. Siempre inventa enfermedades para hacerme sentir mal.

Él comenzaba a insultarme. Yo, con el teléfono en la oreja, escuchaba cada una de sus palabras que al principio me volvían vulnerable y después comenzaron a importarme muy poco. Con los años todo se había vuelto insignificante. Toda mi energía estaba concentrada en contar los días que yo creía que faltaban para que ella muriera. Luego eso dejó de importarme. Ya había pasado demasiado tiempo y mis cálculos no servían. Ella no iba a morir nunca y yo estaba demasiado vieja como para que existiera algo para mí después de su muerte. En cambio, a él la culpa comenzaba a ahogarlo. Yo cada vez cumplía menos sus órdenes, por eso él pensaba que ella moriría en cualquier momento. La posibilidad de su muerte lo atormentaba porque sabía que se sentiría responsable y no podría volver a vivir tranquilo. Y ella, sabiendo que las amenazas de mi gemelo habían dejado de funcionar conmigo, le aseguraba que presentía un desenlace cercano, un infarto o un aneurisma que pronto la llevaría a la muerte en completo estado de abandono. Entonces él volvía a llamarme. Se esforzaba

en ser enfático, pero para mí el cambio en su voz no era sino el síntoma de su desesperación. Las palabras le salían entrecortadas. Ella me quitaba el teléfono y le insistía sobre sus enfermedades para que él volviera a presionarme. Le decía además que el dinero que enviaba no le alcanzaba para nada. Yo me encerraba en mi cuarto para no seguir escuchando su discusión, y al rato encontraba bajo mi puerta un correo impreso que él me había enviado a través de ella:

Él me escribía:

¿Me podrías explicar qué le pasa a mi mamá, por qué está tan desesperada por dinero? ¿Acaso no estás administrando bien lo que mando? La semana pasada ya le he depositado lo que me corresponde, y ahora dice que debo enviarle más. Explícame por qué no le alcanza. Hace demasiados años que las mantengo. ¿Por qué no te encargas tú de lo que debes y cumples con todo lo que tienes que hacer para que ella deje de molestarme? Yo no merezco esto. Yo las mantengo y solo espero a cambio un poco de paz. Si tú te ocuparas de lo que te corresponde como hija, ella ni siquiera tendría que dirigirme la palabra. Espero que te encargues de lo que debes y la controles. ¿O quieres que les corte la plata? Si no quieres que eso pase, encárgate de lo que te toca.

Al otro lado de la hoja impresa, ella escribía lo siguiente:

Mira lo que manda el desgraciado de tu hermano. Yo sé que tú no eres así. Felizmente tú eres una buena hija y nunca vas a dejarme desamparada. Si él no nos manda más dinero, sé que tú encontrarás la manera de encargarte de mis gastos. Así que no te preocupes. No necesitamos de él.

Esos correos no me producían ningún sentimiento negativo. Por el contrario, al imaginarlos a los dos llorando, sentía mi dolor transferido a ellos. Sentía el placer de saber que peleaban, que se reclamaban el uno al otro por todo lo que se habían hecho. Y yo comenzaba a reírme como si

hubiera perdido la razón. Me echaba en el suelo y sentía que levitaba por la ligereza de mi cuerpo transitoriamente sin culpa. Ahora él estaba desnudo, se había quedado sin la protección de su homosexualidad y de su dinero. Se había convertido en un ser vulnerable a quien también se le podía destrozar. Pero después de ese corto periodo de falsa quietud, todo volvía a la normalidad. *Estás enfermo. Voy a seguir rezando para que te cures. Tu enfermedad no te permite entender cómo debes comportarte con tu madre.* Ella siempre decía esa frase, y así lo liberaba de toda culpa. La misma culpa que me era devuelta como si yo lo hubiera exigido, como si fuera un derecho irrenunciable. Volvía a ser culpable. Por eso salía de mi cuarto, los hacía callar, le arrancaba el auricular y colgaba el teléfono. Ella fingía desmayarse y yo le gritaba encolerizada para que se levante, pero no se levantaba. Entonces yo iba a la cocina, llenaba una jarra de agua y se le derramaba con violencia en la cara. Ella se incorporaba de inmediato. Demasiado rápido como para haber estado realmente desmayada, y enseguida empezaba a insultarme mientras el teléfono sonaba sin parar. Imaginaba a mi gemelo desesperado con las manos temblorosas apretando insistentemente los botones para volver a llamar, pero yo lo ignoraba al mismo tiempo que sonreía.

Antes de encerrarme en mi cuarto le digo que ha inventado demasiadas enfermedades y que ya no le creeré, que cuando tenga una verdadera enfermedad se va a morir sola.

Ahora el teléfono vuelve a sonar por última vez.

—No me molestes más. Estoy saliendo.

Le cuelgo y salgo a caminar.

OceanofPDF.com

22

He llegado tarde al velatorio y no hay nadie. Un monaguillo me dice que el sacerdote ha estado esperando para hacer el último rezo. Miro alrededor y supongo que es inútil que alguien aparezca. El monaguillo insiste y me dice en voz muy baja que el sacerdote quiere cumplir con su deber antes de irse a almorzar. Le digo que está bien, que venga.

El monaguillo desaparece por una puerta lateral y yo me acerco al cajón para darte los buenos días. Cuando me acerco, parece que tu rostro ha sufrido una ligera variación. Te veo más vieja y más cansada. Sé que tienes más de noventa años, pero ahora te has secado y comienzas a ser invadida por los insectos. Cada surco de tu rostro parece más profundo que los días anteriores. Lo entiendo. Debes verte así porque me he demorado. Eres maniática de la puntualidad y me extraña que mi teléfono no haya sonado sin parar con tu voz alterada y llorosa preguntándome dónde estoy, por qué estoy demorando, por qué te he dejado sola tanto tiempo.

¿Será que de verdad te estás muriendo?

Me inclino hacia ti para poder escucharte, porque tu voz se está convirtiendo en un murmullo inaudible. *¿Tuviste miedo durante la noche?* No hay respuesta. Creo que más que estar muriendo, estás resentida conmigo y no quieres contestarme. Siempre solías hacerlo. Me dejabas de hablar unos días para que yo me sintiera mal y fuera a pedirte disculpas. Pero yo nunca me sentía mal, sino aliviada y como tú lo sabías, tu estrategia cambió: dejaste de hacer ruido para que yo me asustara y pensara que te había pasado algo. Dos, tres, cuatro días aguantabas en silencio total. Caminabas de puntillas, escuchabas el televisor con audífonos, salías de tu

cuarto solo por las noches para sacar tu comida del día siguiente mientras yo ya estaba dormida. Te mordías la lengua y los labios para que tu furia contenida no te delatara. Te imaginaba escribiendo las notas de siempre.

Me voy a morir y no te vas a dar cuenta...

Me acerco más al cajón, toco el vidrio. *Lo siento*. Estuvo mal, ya lo sé, pero habías actuado así tantas veces que no podía imaginar que esta era la verdadera. Tu rostro no cambia, tu voz ya no se escucha. Todo lo que has escrito te define como una madre ejemplar, y a mí me describe como el animal en que me convertirse. Ahora tu resentimiento es justificado, aunque mi indiferencia también lo es.

Escucha: Mi indiferencia también lo es.

Me empiezo a desesperar. Toco el cristal que te cubre, lo toco sin parar porque quiero que abras los ojos y me mires, que entiendas que yo soy así porque tú me obligaste a convertirme en esto. Quiero que comprendas que la única manera de sobrevivir era la indiferencia. Así aprendí a no escuchar tus palabras, a cerrar mi puerta y taparme las orejas para no sentir tus puñetazos contra la madera que finalmente eran golpes sobre mi pecho, sobre mi cabeza, sobre mi dolor. Casi sesenta años de manipulación, de no tener derecho a saber quién soy. De no saber si soy esa que tú describes o si soy la que mi gemelo desprecia o si soy el animal encerrado en su cuarto sin poder hacer nada más que dar vueltas buscando un lugar por donde escapar. O soy otra que nunca he conocido y que jamás llegaré a conocer porque tú no me lo permitiste. Mi indiferencia, como ves, es justificada. Por eso me da gusto que hayas muerto completamente sola y esa haya sido una pequeña venganza de mi parte. No me arrepiento, me parece bien. No siento nada por ti.

Cierro la pequeña ventana del cajón por donde se muestra tu rostro. No quiero verte más. El sacerdote llega. Supongo que le extraña ver el cajón completamente cerrado, pero no dice nada. Me da el pésame y me pregunta si me parece bien que recemos solamente la primera parte del rosario

porque ya se ha hecho un poco tarde y pronto vendrán de la funeraria para llevarte al cementerio. Yo le digo que está bien, que no soy creyente y que me da lo mismo. Y que además espero que rezar no tenga sentido alguno, que mejor no haya nada después de la muerte porque así podré estar segura que esto ya ha terminado.

OceanofPDF.com

23

Los de la funeraria contrataron un taxi para que yo siguiera tu carroza fúnebre en comitiva. El auto ha comenzado a tomar caminos que no conozco, que veo por primera vez. Mi encierro solo me ha permitido conocer unas cuadras alrededor de casa. El camino al colegio cuando era chica, el camino al supermercado después, dos urbanizaciones vecinas donde iba a realizar los trámites que ella me pedía. Y después, nada más: el completo vacío, la incertidumbre, la curiosidad que al principio me desesperaba y que, con los años, como todo, comenzó a extinguirse en este encierro. Ahora veo estas calles y me siento perdida. Tu carroza me guía por un camino incierto que me angustia. Sigues siendo tú la que lleva la delantera, la que siempre está diciéndome por dónde ir. Tu nuca adelante y mi cabeza mirando fijamente hacia el frente para no perder la ruta señalada.

De pronto una imagen antigua se multiplica por las calles que veo a través de la ventana del taxi. Es la imagen de una cachorra que hace años encontré cuando regresaba del supermercado. Parecía que llevaba varios días perdida porque se veía agotada y se notaba que tenía hambre y sed. Caminaba lenta, desoladamente: miraba hacia los lados y parecía confundida, como si no tuviera idea de cuál era el camino correcto. Yo me acerqué, intenté darle agua de una botella, pero la perra no sabía tomar del chorro. Me quedé un rato a su lado y le acaricié la cabeza. Su pecho se inflaba a los lados con agitación, como si sintiera que cada bocanada de aire fuera la última. Me sentí triste. Sabía que no podía dejarla abandonada, pero tenía que hacerlo. Ella no soportaba a los animales. Si me veía llegar con la perra, la hubiera expulsado violentamente de casa. Luego me hubiera dicho que el pelo del animal le daba alergia y que seguramente yo intentaba provocarle alguna enfermedad. La perra se hubiera quedado en nuestra

puerta rogando para que la dejemos pasar y yo, en la ventana, la hubiera visto sin poder hacer nada. Tenía que dejarla, pero resultaba demasiado difícil hacerlo porque la expresión de su cara cada vez me conmovía más. El celular comenzó a vibrar. Era ella. Me preguntó por qué demoraba tanto. Me hizo recordar que ya habían pasado diez minutos más de la hora permitida. Le colgué sin responder. Ella comenzó a llamar sin parar mientras la perra me miraba suplicándome que no la dejara sola. Me levanté y comencé a caminar. La perra me siguió. *No me sigas, este camino no es bueno para ti. Ella va a matarte.* La perra continuaba siguiéndome como respondiendo que no le importaba, que era igual estar allá afuera, sola, perdida, sin conocer nada de la calle ni de los autos que podían atropellarla, sin comida y sin agua, igual iba a terminar muriendo.

A veces la dependencia es la única posibilidad de seguir existiendo.

El celular no paraba de vibrar. Yo me detuve, la perra también. Contesté el teléfono y le dije que dejara de acosarme. La perra exhausta cayó a mis pies. Arrojé un poco de agua al piso y ella bebió a lengüetazos del pequeño charco. Le acaricié el pelaje sucio y mojado. *Quizá alguien más pueda ayudarte. No puedes ir conmigo. No es mi casa, ella te hará daño.* La perra me miró por última vez, se sacudió el pelaje, y el agua me mojó como si fueran lágrimas. Luego comenzó a alejarse, y yo seguí mi camino sin quitarle la vista hasta que se perdió detrás de unos árboles y ya no pude volver a ubicarla.

Cuando llegué, tal como sabía que iba a suceder, ella comenzó a increparme. Yo le grité como nunca antes lo había hecho. Le grité porque su repulsión, sus temores, sus negativas me habían impedido ayudar a esos ojos suplicantes y temerosos, a esos ojos que no querían quedarse solos. Y es esa última mirada, ese último gesto de la perra, lo que no he podido olvidar, lo que ahora se reproduce en cada calle. Soy consciente de que no encontraría a nadie más, que nadie la ayudaría, que nunca llegaría a su casa, que tarde o temprano moriría sin que yo hubiera hecho algo por impedirlo.

—¿No podemos dejar de seguir a la carroza?, pregunto al chofer del taxi.

—No es lo que se acostumbra. Se debe ir detrás del difunto hasta que llegue al cementerio.

Y entonces seguimos detrás. Un gesto simbólico que resume mi dependencia hacia ella. Ambas sabemos que si me deja aquí sola quedaré completamente perdida y terminaré muriendo atropellada por un auto o por falta de agua y comida, tan igual como sucedió con la perra que encontré en la calle. Pero seguirla significa también morir, solo que de una manera menos violenta. Morir después de un tiempo demasiado largo, y de no haber sido más que un objeto dentro de una relación de mutua dependencia. Una relación que terminará destruyéndome hasta dejarme convertida en nada.

No quiero seguirte más, pero parece inevitable. Finalmente, la cachorra tomó la mejor decisión que pudo. Yo no.

OceanofPDF.com

Hemos llegado al cementerio y el empleado de la funeraria me informa que debo estar presente cuando el cuerpo se introduzca en el horno crematorio. Debo certificar que el cadáver es el suyo. Es un procedimiento legal. Tengo que hacerlo yo, o en todo caso, una persona que yo asigne.

Miro alrededor pero no hay nadie más. Pero eso no importa: no dejaría que nadie lo hiciera en mi lugar porque quiero comprobar personalmente que es tu cuerpo el que va a ser reducido a esas partículas. *Está bien, entro yo.* El empleado de la funeraria comenzó a explicarme el proceso, aunque yo ya lo conozco. Lo he imaginado muchas veces. Me dice que tengo que esperar a que preparen el cuerpo. Que para ganar tiempo sería bueno que vaya escogiendo una urna para colocar dentro las cenizas. Me conduce a una oficina donde una señorita me enseña varios modelos. Verlas me recuerda las cajitas que hay debajo de tu cama, esas que guardan las pertenencias de nuestro padre. Te veo arrodillada en el suelo, estirando la mano para alcanzarlas. Te veo abriendo una cajita pequeña que guarda una tijera oxidada, luego una más grande que esconde una bufanda. Hay otras que solo tienen papeles, pedazos de algodón manchados de rojo o máquinas de afeitar usadas. Hay retazos de tela de lo que parece haber sido una camisa o un pantalón. Algunos pedazos parecen haber sido parte de una corbata muy colorida. Tú te encerrabas entre las cajitas. Tratabas de recuperar los fragmentos rotos de ese breve episodio en tu vida. Comenzabas a llorar y revolcarte entre los pedazos de tela, de algodón y de papel. Te escuchaba hasta que te quedabas estática, como muerta. Realmente me asustaba. Llamaba a mi gemelo. ¿Otra vez? Sí, otra vez. Corríamos a revivirte. No despierta, no quiere hacerlo. Mi gemelo se

desesperaba. Pero yo aprendí que nada podía despertarte de ese ensueño, que regresarías cuando quisieras hacerlo.

Mi gemelo y yo regresábamos todas esas porquerías a las cajitas. Luego las acomodábamos debajo de la cama, salíamos del cuarto y nos quedábamos en la puerta para vigilar su cuerpo inerte. Normalmente tardaba media hora en despertarse. Si no lo hacía, mi gemelo se desesperaba más y quería hacer algo. Pero nunca tardaba más de una hora. La escuchábamos despertar, desaparecíamos por el pasillo y nos encerrábamos en nuestro cuarto. No queríamos verla yendo de un lado a otro, desolada y perdida. Era un fantasma pálido que flotaba y daba miedo porque parecía que en cualquier momento iba a morir. Pero luego ella se acercaba a nuestra puerta y nos obligaba a abrirla para que la abrazáramos largo rato.

Con los años, cuando mi gemelo ya no estaba con nosotras, los episodios con las cajitas se tornaron más frecuentes y a mí se me hizo más difícil manejarlos. Como había hecho siempre antes de que él se fuera, observaba su desmayo, guardaba las cosas en las cajitas, esperaba a que despertara y viniera a buscarme para que la abrazara. Y yo, cuando la escuchaba parada tras la puerta cerrada, golpeándola sin parar, sentía una angustia intensa que me paralizaba el cuerpo. Quería detenerla, pero tener que tocarla me producía repulsión. Sentía que el simple hecho de tener contacto corporal conmigo le permitiría poseerme, quedarse dentro de mí para siempre. Por eso me quedaba bajo las sábanas, escuchando cómo sus golpes contra la puerta se intensificaban. Ya no golpeaba solo con los nudillos, sino que utilizaba también la cabeza, el pecho, las rodillas. Quería dañarse y hacerme sentir peor. Y entonces yo iba a abrirle la puerta y la encontraba de pie, con una cajita en la mano. Sabía que esa cajita guardaba la tijera con que siempre amenazaba cortarse. Quería entregármela, y así volverme materialmente la única responsable de su integridad. La recibo, recibo también lo que representa. Debo encargarme, debo protegerla de ese objeto. Ella se acerca para tocarme, pero yo la esquivo, saco la tijera y se la enseño con un gesto amenazante. Entonces ella se aleja porque en el fondo también me tiene miedo, también cree que yo terminaré matándola.

Ahora escojo una urna para sus cenizas. Es bastante sencilla. La señorita trata de convencerme de que elija una más ostentosa. Le digo que no, que

esa está bien, que esa cajita se irá con todas las otras. La señorita no entiende lo que digo. Está acostumbrada a tratar con personas en estado de *shock*, así que supongo que mi comentario no le extraña demasiado. Yo no estoy en *shock*. Estoy quizá demasiado consciente y por eso sé que de todo este proceso no debe quedar absolutamente nada. Por eso me desharé de todas sus cajitas, incluida la que ahora tengo en mis manos. Debajo de mi cama no habrá ningún recuerdo. No quedará nada de nuestra historia.

OceanofPDF.com

Me han trasladado a un espacio blanco con una caja metálica en el medio. Sobre una mesa descansa tu cuerpo ya preparado para entrar a ese compartimiento que terminará con este proceso tan largo. El empleado de la funeraria me pregunta si reconozco ese cuerpo como el tuyo. Sé que lo es, pero no se lo digo de inmediato, sino que me acerco y comienzo a mirarte con detenimiento. Tu rostro ha ido perdiendo la expresión de serenidad y ahora te veo aterrada. Debe ser distinto estar encerrada en una casa a estar encerrada en esa caja metálica que no solo va a recibirte, sino que destruirá a la persona que fuiste: tu piel, tus huesos, tu cerebro, tus intestinos. El cuerpo desintegrado destruye también las ideas, las convicciones, las paranoias que contenía. Por eso tienes miedo, ¿verdad? Sabes que no estarás más, que ni siquiera quedará una lápida con tu nombre que me recuerde que exististe. A mí, en cambio, el horno crematorio no me da miedo. Yo he estado encerrada en mi cuarto casi sin oxígeno durante demasiados años. Yo ya he perdido todo lo que tenía, si es que acaso tuve algo. El día que yo pase por lo que ahora tú estás pasando, el horno no tendrá nada que destruir.

El empleado comienza a inquietarse. Él sabe que es tu cuerpo, no entiende por qué demoro tanto en reconocerte. No entiende por qué necesito hablarte, por qué necesito que sepas todo el daño que me has hecho. No sabe que debo estar segura de que eres tú quien entra al horno crematorio porque, si no eres, te quedarás para siempre vagando por la casa y no me dejarás comenzar una nueva vida. Volverás a cerrar las puertas y las ventanas, volverás a esconder mis llaves, volverás a enumerar los sacrificios que has hecho por mí. Sacarás las cuentas para saber cuánto te debo y repetirás que nunca terminaré de pagarte. Seguirás escribiendo las

notas que pasarás por debajo de mi puerta para que yo las siga acumulando. Regresarás a casa como si estos últimos días no hubieran existido.

Por eso me tengo que asegurar. Reviso tus manos, observo tu pelo. Quiero tocarte para ver si de verdad estás ahí. Pero la repulsión que te he tenido siempre me lo impide.

Debo hacerlo, debo asegurarme.

Entonces te toco levemente. Ahora sé que estás ahí, pero no reconozco tu piel porque hace años que ni siquiera te rozo. Te toco otra vez. Cabeza, tronco, brazos, piernas. Siento un mareo. Solo estamos tú y yo, y la sensación de que me quieres poseer me aterra. No puedo moverme y tu rostro me devuelve una sonrisa que solo puede significar que lo has logrado, que ya estás dentro de mí. Entonces caigo al suelo y comienzo a llorar.

El empleado de la funeraria se me acerca y me ayuda a sentarme en una silla. Cree que me he impresionado por tener que reconocer tu cadáver y me acerca un vaso de agua para tratar de tranquilizarme. *Pobre, es vieja y está sola. Pobre, es demasiado sensible. Pobre, no tiene nadie que la acompañe.*

El empleado le hace una seña a un operario y lentamente me ayuda salir. Pero me detengo: necesito asegurarme de que tu cuerpo es introducido en el horno crematorio. Necesito desaparecer esta sensación que ahora me angustia tanto. Le digo que quiero ver el cuerpo ingresando al horno crematorio y él me lo permite. El operario toma la mesa de metal y lo introduce. Luego cierra la puerta y te deja encerrada ahí. Ahí, de donde nunca más saldrás.

OceanofPDF.com

Tengo que esperar afuera las dos horas que tardarán en devolvarte convertida en cenizas. Me distraigo pensando en la limpieza de la casa, en todo lo que tendré que remover para hacerte desaparecer y no tener que toparme contigo al abrir un cajón o al percibir algún hedor que emane de las paredes. Quisiera usar lejía para desinfectar los pisos, pero ese olor me recuerda a ti. Cuando era chica el aroma de la lejía me causaba náuseas en lugar de crearme una sensación de limpieza. Tu manía por conservar la casa extremadamente limpia te llevaba a impregnar todos los ambientes con ese olor que te representaba, que nos hacía sentir tu presencia por toda la casa. Yo bendecía mis alergias, porque gracias a ellas no tenía olfato buena parte de la mañana y podía librarme de ti por unas horas. Sin embargo, cuando lo recuperaba, ahí estabas tú, mucho más intensa, mucho más clara, mucho más presente. Con los años mi cuarto fue el único espacio libre de las emanaciones de la lejía. Al prohibirte la entrada a él, impedí también el ingreso de la lejía y de tu presencia asfixiante.

Al recordar ese olor y esas escenas de mi vida, tomo consciencia realmente de lo terrible que ha sido haber nacido de ti. Es entendible que no sienta nada ante tu muerte porque los sentimientos de indiferencia, odio y repulsión son tan grandes que se han manifestado incluso en mi fealdad y mi vejez. Y ahora que termines de extinguirte en esa caja metálica, esos sentimientos, que son los únicos que he conocido, comenzarán también a borrarse.

No me quedará nada.

Dejaré de ser una proyección invadida por ti, seré un individuo vacío. No puedo convertirme en otra cosa porque mi verdadero yo nunca ha existido. Mi cuerpo se compone de tus palabras y tus insultos. Mi única versión es la que tú tenías sobre mí. Y si esa versión se extingue al desaparecer tu cuerpo, no existiré más.

Siento que me falta el aire. Quiero levantarme de la silla, pero el empleado de la funeraria me lo impide. Me alcanza otro vaso de agua y me consuela. *Pobre vieja. Pobre, tan sola.* Pero sus palabras no se escuchan, solo tu voz se escapa de la caja metálica. Tu risa que parece los ladridos de un perro. Ahora siento presión en el pecho. Tengo ganas de gritar. Mi vida también ha acabado, no tengo ningún futuro. Ahora sí soy consciente de lo que está pasando. No he contado los días, los meses ni los años para que seas tú la que desaparezca, sino que lo he hecho para encontrar mi propio final. Quizá por eso tú sigues riéndote. *Por favor, cállate ya.* Tu risa suena satisfecha, suena igual que cuando te tiraste de la estación del metro y al encontrarte te vi sonriendo.

Y tu risa se incrementa y mis lágrimas también. Me tapo los oídos, pero el ruido no disminuye porque está dentro de mí. Siento miedo, pero es un miedo diferente. Es un miedo incrementado que parece succionarme hacia el vacío. Un miedo que supera mi dolor de espalda, mi dolor de cuerpo, que me traspasa una y otra vez hasta dejarme agotada. Un miedo que me tumba al suelo y que no me permite levantarme más. Y tu risa que no para.

Hoy mi gemelo ha llamado para decirme que ya depositó el dinero del mes. Yo he tenido que abrir las puertas y he salido a la calle para recoger el envío. No he tardado mucho. Tengo grabados los tiempos que demoro en cada una de las cosas que hago y sé en cuánto tiempo debo estar de vuelta. Sé que, por seguridad, debo cerrar la puerta con candado. Sé que debo asegurar también las ventanas. Estoy sola y cualquiera podría aprovechar y entrar a robar lo poco que hay en esta casa que no ha cambiado, que sigue siendo la misma.

El día que todo iba a terminar, me dieron la urna con tus cenizas. Te cargué hasta el taxi y te puse a un lado con una mano sobre la tapa para que supieras que seguía ahí. Estaba decidida a echar lo que quedaba de ti en algún lugar que no había definido, pero te manifestaste de nuevo, levemente, casi murmurando. Era una canción, era tu voz, éramos mi gemelo y yo, de niños, escuchándote sin entender mientras nos quedábamos dormidos. Qué triste, qué terrible. Esa melodía era como un lamento que, después de más de cincuenta años, dentro de este taxi que me lleva de regreso a casa, comienza a definirse y muestra su verdadero significado.

*Niña, cuando yo muera, no llores sobre mi tumba,
cántame un lindo son, ay mamá, cántame La Sandunga.
No me llores no, no me llores no, porque si lloras yo peno,
en cambio si tú me cantas, yo siempre vivo y nunca muero.*

Tú la cantaste para mí y en tu voz la resignación se terminó de configurar, y yo la asimilé sin resistencia porque comprendí que solo te tenía a ti. Solo tú eras parte de mi historia y esa historia se quedaría

conmigo para siempre. De nada serviría tratar de deshacerme de ti. Sabía que borrarle por completo significaba perder esta identidad que me diste hasta convertirme en nada.

Decidí quedarme contigo y llevar tu urna a casa. Te alegraste y comenzaste a dar indicaciones. Querías que depositara tus cenizas sobre la cama. Querías que las esparciera y que con mis manos fuera dándole forma a tu figura. Querías que no dejara de hacerlo hasta que fuera capaz de reconocer tu cuerpo.

Por unos segundos, controlada por tu voz, pensé que lo haría. Pero luego te ordené callar. Te dije que ibas a quedarte encerrada en la urna, que iba a echarle llave a tu cuarto y que te visitaría una vez por semana para que estuvieras tranquila.

Te quedaste callada. Solo me pediste que no bote las cajas que guardabas debajo de tu cama. Accedí. Entré a la casa contigo en brazos e hice lo que te había dicho. Al día siguiente cobré el dinero del seguro y lo coloqué junto a tu urna. Lo dejé ahí, donde debía estar. Un dinero que parecía inútil, que nunca podría cumplir con el objetivo que había imaginado para él. Nunca podría comenzar una nueva vida. Tú sabías que no era capaz de deshacerme de esta casa, de estos muebles, de esta historia, de ti.

Mi vida no ha cambiado. Mi gemelo manda el dinero, a veces me ordena que haga algunas cosas. En su mayoría las ignoro, pero algunas las hago para que no se moleste demasiado y siga enviando la mensualidad. Tú estás encerrada y te siento levemente a cada momento. Estás tranquila, pero hay días en que te pones insoportable. Ya no puedo darte pastillas, así que lo único que me queda es recordar tu canción y sentarme a tu lado para cantarla. Y funciona. Te calmas porque te das cuenta de que no estás sola, te aseguras de que no me he ido. Te canto para que no me insultes, para que no me reclames. Te canto y tú te duermes como hacíamos nosotros cuando éramos niños.

Lucero de la mañana, el rey de todos los sones, canta

La Martiniana, ay mamá, que rompe los corazones.

No me llores, no, no me llores, no, porque si lloras yo peno,

en cambio si tú me cantas yo siempre vivo y nunca muero.

Tu presencia en mi vida ha sido tan grande que ni la destrucción total de tu cuerpo podía hacerte desaparecer. Por eso sigo igual que siempre: los mismos temores, la misma actitud, la misma soledad. Esta es la única historia que conozco y que conoceré.

Soy lo que puedo ser.

He comenzado a contar de nuevo, pero con menos desesperación, sin esperanza alguna. Sé que esto terminará el día que tenga que terminar, no hay nada que pueda acelerar este proceso. Ya lo he pasado contigo y ahora cuento sin hacer cálculos. Estoy aquí junto a ti, tal como quisiste. Y me resigno y canto y seguiré cantando hasta que mi voz se extinga y, con eso, el conteo de los días haya finalizado verdaderamente.

OceanofPDF.com

0

Ella salió del hospital con los gemelos en brazos. Iba junto al padre de los recién nacidos. Los subieron a la parte trasera del carro. Eran un niño y una niña que habían nacido muy enfermos. Casi mueren ellos durante el embarazo. Casi muere ella en el momento del parto. Fue cesárea, fue mes y medio en la incubadora, fue una semana la que ella demoró en recuperarse.

Ahora ella sube al auto y le dice al padre que maneje despacio, que después de todo lo que han pasado sería inverosímil que ocurra algo que les impida llegar a casa. El padre voltea los ojos, no responde y enciende el motor. Ella vigila a los gemelos por el retrovisor. El niño duerme, la niña está con los ojos muy abiertos.

Entonces ella comienza a cantar una canción que parece una canción de cuna. El padre mira a los gemelos y entiende que ella le está cantando a la niña para que se duerma. Pero al escuchar con más atención se da cuenta de que la letra es tristísima. No le parece una canción apropiada para unos bebés recién nacidos; sin embargo, no dice nada. Guarda el mismo silencio que guardará durante los próximos años. Ella termina la canción y alarga su cuerpo hasta acariciar el pie de la niña. Luego mira al niño. Ahora ambos parecen dormidos. Ella sonríe y quiere reírse, pero el dolor de la herida de la operación se lo impide. La sonrisa se convierte en un gesto lastimero. Se acomoda. Decide seguir vigilándolos a través del espejo retrovisor. Vuelve a sonreír.

—Cuando sean más grandes les contaré cómo empezó esta historia y cuánto me costó traerlos al mundo. Cuánto sufrimiento, cuánto esfuerzo, cuánto sacrificio, cuánto dolor. Luego les preguntaré si son conscientes de lo afortunados que son de estar aquí, porque esta vida que recién comienza casi no llega a suceder. Son muy afortunados.

Les quita la mirada. A lo lejos se ve la casa que se convertirá en su hogar. Ella los mira de nuevo con satisfacción. Los gemelos siguen durmiendo.

OceanofPDF.com